

BIBLIOTECA "RODÓ"

SERAFIN J. GARCIA

BURBUJAS
(CUENTOS)



CLAUDIO GARCIA & CIA. — EDITORES

SARANDI 441 — MISIONES 1359

MONTEVIDEO

1945

BIBLIOTECA "RODO"

Ovidio Fernández Ríos
DIRECTOR

de Literatura
e Historia

AUTORES
URUGUAYOS

SERAFIN J. GARCIA

BURBUJAS

(Cuentos)



CLAUDIO GARCIA & Cia. — EDITORES
SARANDI 441 — MISIONES 1359
MONTEVIDEO

1945

Cedro Amargo
Montevideo

"BURBUJAS"

OBRAS DEL AUTOR:

- 1936-42 — *Tacuruses* (poemas gauchescos). Cinco ediciones.
1937-43 — *En carne viva* (cuentos). Dos ediciones.
1938 — *Tierra Amarga* (romances).
1940-45 — *Burbujas* (cuentos). Dos ediciones.
1941 — *Barro y Sol* (cuentos).
1941 — *Panorama de la poesía nativista del Uruguay*.
1943 — *Panorama del cuento nativista del Uruguay*.
1945 — *Asfalto* (cuentos).

No es una puerta de cuero seco, de rancho pobre, no; es una puerta de madera fina, de viejo cedro helénico, tallada por un artista nuevo y del pago, la puerta por la que Serafín J. García nos hace entrar al interior caliente y oloroso a vida de su reciente libro. Esas veinte líneas de la página prefacial resultan de una perfección formal y de una síntesis de pensamiento y de sentimiento tan lograda, que no creo sea fácil encontrar, en la literatura nacional, una oración por las criaturas del campo como la de esas líneas, que son capaces de mover a los hombres, y hasta al cielo, a la contemplación de los pobres seres para los que no han tenido más que su indiferencia, el cielo y los hombres.

Libro hermoso y fuerte es este "Burbujas". Nadie podrá sospecharlo ateniéndose al título, que da idea de cosa literaria feble y superficial, en tanto el autor no ayuda a reconocerlo en todo su valor simbólico.

"Yo no he inventado los destellos de vuestro barro —dice a las "criaturas elementales del campo".— Los he visto subir, desde el opaco légamo ancestral que remueve la angustia, buscando la luz hermana. Silenciosamente, como esas burbujas que suben desde el quieto misterio de los pozos, en cuyo fondo trabaja y hierve la vida"... "Burbujas del amor obstruido y de la bondad prisionera"...

Y esa palingenesia artística que se opera en el título, tiene su continuidad en los elementos de libro adentro. El campo y sus criaturas recobran en los cuentos de Serafín J. García su fertilidad estética, sin perjuicio de la información social, prolija y severa, contenida en éstos.

El combate por el hombre, en la literatura nacional, se está librando con coraje y eficiencia en la zona nativista; es ésta la que alimenta el espíritu revolucionario y la que aporta mayor caudal de recursos para la lucha. ¡Siempre el campo! Cuando Artigas, en la gesta primitiva, el campo era la esperanza. Parece que lo es también para los sucesores contemporáneos, auténticos, del gran rebelde. Yo no sé de voces tan claras y valientes como las que suelen llegarnos con el viento que eriza la pelambre de los ranchos y hace crujir los huesos de los coronillas. Pero entonces el escenario ubérrimo no escapa a la mordedura del fuego purificador; todo campo de batalla es agostado para la fiesta de la naturaleza; el paisaje participa de la acrimonia de los hombres. De ahí que el escritor de combate que se sitúa en nuestro medio campesino rara vez pueda captar la belleza extraobjetiva de éste, menos perceptible todavía a los ojos cerrados por el esfuerzo de la acción. Esto ocurre con el medio y también con sus criaturas; y así ni el uno ni las otras llegan a ser elementos estéticos muy preponderantes en la literatura nativista moderna, o sea de militancia. En ésta se da más audiencia al suceso que a los elementos que le entrañan.

Pero tal deficiencia de visión en el escritor de este género, puede ser salvada a trueque de un conoci-

miento "a priori", profundo y total, de las cosas de la pequeña patria de su arte.

Sin duda este conocimiento se da en el autor de "Burbujas", en forma tal, que denuncia en él la afinidad de raíz con todo lo creado en nuestro medio vernáculo; y de ahí su aptitud para descubrirnos el panorama y librarnos el aire, del campo velado por la ardiente niebla del combate. Más que conocimiento, ha de haber en este escritor amor; amor fraterno o telúrico por los elementos con que compone sus cuentos y, acaso, un amor comunicativo, conquistador, prolífero, capaz de prender en todo lector, por ajeno que sea al "pago" emotivo del escritor. Porque si no ¿cuál sería el duende de la simpatía subyugante de esos cuentos? La maestría del escritor, con todo de ser mucha y de disponer de una gran extensión idiomática, en lo universal y en lo regional, no bastaría para abrir los sentidos del lector a la penetración de la recóndita belleza, en la forma lograda en los cuentos de "Burbujas". Entran por esos sentidos todo el color, toda la voz y todo el olor de la naturaleza viva que da fondo y marco a la sombría agonía de las criaturas cuyos humildes destellos, apenas subidos "desde el opaco légamo", se queman y desvanecen en el bárbaro sol. Ante el lector de "Burbujas" están en presencia artística las hipóstasis de la belleza campesina, pero los sentidos de aquél no languidecen por eso, ni se anula su conciencia para la percepción del drama de los seres del campo en toda su intensidad. He ahí el mérito extraordinario de este libro. Puede ilustrarse el aserto:

"Es poco más de media noche a juzgar por la altura de las Tres Marías. Aquí y allá, los ojos de las

lechuzas gotean de una lumbre fría la inmensa llanura negra. Algún zorrillo invisible huye dejando sobre el campo el reguero nauseante de su fetidez. Mugen tristemente las reses apretujadas en rodeos voluntarios, a la búsqueda instintiva de un calor que atenúe la crudeza nocturna. Desde las lejanas estancias, llega a ratos hasta los viajeros el ladrar asordinado y ronco de las perradas insomnes...

¡Desde las lejanas estancias! ¡Qué sugestión de la dura misantropía de las estancias! En las fortalezas de sus cascos formados por casonas de gruesas paredes, casi sin aberturas para el contacto exterior, ni aún para el aire, dentro del recinto de su inexpugnable cuadrado que cierran las casas, los galpones y los altos muros encrestados de vidrios, tras la manguera de piedra tan hospitalaria para las cruceras, ellas han concentrado todo el "élan" de la humana presencia, todos los asomamientos de la voluntad y del esfuerzo humanos de la extensión circundante en leguas y leguas, y han hecho el desierto a su alrededor, el vacío social, la noche deslunada de la soledad. Han robado al campo su caliente humedad carnal, endurecido las faldas maternas de las floridas colinas que han estado esperando por siglos el sencillo hogar, como la mujer yermana espera el blando hijo. Han hecho al campo fosco, desolado, aterrador; y el viajero que en él se extravía en las noches densas y avanza a instinto de caballo, buscando entre las sombras una fosforescencia humana, mira hacia las fortalezas fantásticas cuyos muros se alzan y se extienden cada vez más, hasta llenar todo el ámbito oscuro y silente. En ellas están secuestrados el amor y la vida que faltan de la vacía y yerta

extensión. Mira hacia las estancias... Pero las estancias se esconden tras las montañas de sombras. Y sólo le llega desde ellas "el ladrar asordinado y ronco de las perradas insomnes".

En el retrato no es menos lúcido que en el paisaje:

"Las mujeres del "quincho" se lo disputan con el pretexto de su generosidad sin límites. Pero en el fondo lo que las atrae es esa fuerza indomeñable, esa salud montaraz que entra con él al rancho tétrico, rezumando acre aroma de soles y de intemperies. Lo buscan como si necesitaran apuntalarse en su machez enérgica, como si el contacto de aquella carne sana y áspera pudiera raspar el lodo ya endurecido, redimirlas de la vida infecta en que otros hombres las empantanaran.

Eudoxio no es en verdad nada expansivo con ellas. Pero tampoco las trata con la rudeza y el desprecio con que suelen hacerlo los demás. Y hasta las ha defendido muchas veces de la grosería y la brutalidad de los borrachos.

—No porque estean en esta vida han dejao de ser mujeres — arguye en tales casos—. Y a una mujer no la castiga naides delante de Udosio Bas."

El "quincho"... ¿Y qué? ¿Las ciudades no tienen las "boites"? Bueno: los cabarets! La diferencia está en que en el burdel campero la mercancía es siempre de la misma procedencia:

"—¡Cristiano lambisquero el comisario! Verás vos como a esa gurisa la va'engrampar tamién en cualquier güeltita.

—Y al fin y al cabo hace bien, ¿no te parece? Es

hombre joven'tuavía, tiene labia... Y sobre todo tiene autoridad. Si no aprovechara la vida sería más que sonso.

—Pero a mí me aseguró el cabo Virola que si él agencea mujeres es a rigor de plata.

—Tal vez no más. Con la pobreza que hay en ese rancherío...

—Dicen que a la bayanita'e los Silva la compró por veinte latas, y que pa poder dentrarle a la más chica'e las Munices tuvo que sacarle libreta a la madre en el boliche del Sapo.

—¡Güé y qué? Eso lo hacen también otros más copetudos. Ahí tenés vos, por ejemplo, el caso'e don Juan Andrés, el de Los Higuerones: cada vez que viene a veraniar se yeva una gurisa pa la estancia. La cosa más senciya'el mundo. Como'stá podrido en plata y pa esos asuntos es hombre mano abierta, no tiene más que aflojar algunos lomo colorao y elegirse el pitisco que le guste. ¡Lo qu'es la biyuya, hermano!

—¡Lo qu'es l'hambre, decí!...

La historia de todas las mujeres del "quincho" es la misma: nubilidad vendida al comisario o al estancierero por la libreta en el almacén; pasto, luego, de los milicos o de los peones; después, del maleta a los tientos. Y esa "senda en declive y sin bifurcaciones" conduce desde el galpón de la estancia hasta el burdel del pueblo, primero, y luego del rancherío.

A Eudoxio, hombre duro, se le ha ganado dentro "un sentimentalismo ablandador". Hay una mujer nueva en el "quincho", a la que se conoce, justamente, por "La Nueva". He aquí otro retrato de certeros trazos:

"Eudoxio siente deseos de llamarla. Pero no se

decide. Quisiera saber qué es lo que lo está inhibiendo. Tal vez los ojos ingenuos y clarísimos de la mujer, que "no dicen" con su oficio. Tal vez el cerquillito infantil, rubio y sedoso, que le estría de un oro tierno la frente. Tal vez ese aire tímido, como de animalito extraviado, en que parece que quisiera refugiar su azoro, su torpeza, su inexperiencia de prostituta bisoña."

Esta mujer, como todas, naturalmente, tiene el sueño "del compañero que colme sus entrañas con semilla de amor, y cuya sangre se funda con su sangre en venas nuevas". Por fin llegan a estar frente a frente Eudoxio y ella:

—Sentáte, vamo'a prosiar un poco — le dice él.

El final del diálogo es el siguiente:

—¿Te gustaría dirte conmigo, María Rosa?

La muchacha tarda largo rato en responder. Cuando lo hace, sus palabras son como un murmullo lejano, llegado entre las voces de la noche.

—Muncho. Si no fuera lo que soy...

—¿Y qué? Asina dejarás de serlo. A más, tampoco yo soy un santo..."

El sueño de la muchacha resplandece vivamente, y su luz nos hace ver al vigoroso artista del paisaje o del retrato, esta vez ante las pequeñas cosas del medio campesino. No hay duda de que este escritor es hijo del campo, de que ama con amor de hermano a todo lo nacido en el campo: hombres, animales, plantas; y con ternura conmovedora, como a hermanitos pequeños, a las pequeñas cosas campesinas:

"...podrá tener un rancho entibiado en los inviernos a rescoldo de ternura callada, y alegrado en las primaveras por el cedrón fragante, juntador de avispas y

templador de mates dulces; podrá dar de comer en su mano a los pollitos tiernos, redondos y afelpados como flores de espinillo... Y sentirá nacer el alba en el canto de los pájaros madrugadores, que revolarán con el plumaje brillante de rocío y el buchecito henchido de insectos y de semillas de pasto. Ya le parece verlos girar espacio arriba, trompos lanzados al cielo por el zumbel alegre de cada rama, breves chispas estríduladas musicalizando el aire todavía dormido... Eudoxio suma el suyo al sueño candoroso de la muchacha. Se ve junto a la lumbre quieta, oyendo el dúo de la caldera chilladora y el gato morrongueador, vibrátil, embolado entre la ceniza tibia. El mate amargo al vaciarse, la leña al crepitar lamida por las llamas, la clueca al remover los huevos que incubaba en un rincón, aportan también pequeños ruidos amigos, que unidos a los otros marcan el pulso dulce y sosegado del rancho, sobre el cual el tiempo resbala sin doler..."

Y pasando de lo somático del libro a lo esencial, se advierte que el artista, tan abstraído a veces en el mensaje de colores de su puro amor, no hace abandono nunca de su posición de combatiente de primera línea. Su verbo no cae en la exanguinidad por mucho que le traspase el sentimiento, y aún el sentimentalismo, devenidos del asiduo contacto con las pequeñas realidades de su medio natal. Acaso se tornaría exangüe si rehuyera ese contacto. Ya se ha dicho: "El arte que no tenga contacto con la realidad, con la vida, siquiera sea en un pequeño extremo de éstas, se convierte en artificio". Además, no es inhibitorio del encuentro con las grandes realidades el contacto con las realidades pequeñas; al contrario, es por éstas que se llega a aquéllas.

El artista, al decir de Barbusse, "es un producto técnicamente elaborado en un determinado medio"; luego, para sus creaciones, tiene que valerse del elemento particular de ese medio, pero con la conciencia de que con lo particular sirve a lo universal. "En la conciencia del artista está —para Waldo Frank— que lo universal vive en lo particular".

Serafín J. García, pues, al particularizar su pena y su amor en los personajes de las minúsculas escenas del "quincho", del monte, de la carpa, del rancho, que diversifican la acción del drama total de nuestro campo, no es a este drama específico, aislado, al que se enfrenta con su conciencia y su sentimiento, sino al drama social universal. Y su pena y su amor vibran por todas las María Rosas y todos los Churrinches y todas las Totas y todos los Doroteos de la tierra. Porque él también, a pesar de su alma tozudamente criolla, es hombre del amplio mundo.

GISLENO AGUIRRE.

P O R T I C O

Criaturas elementales del campo. Oscura tierra nutriz, honda de jugos cósmicos, que hincha y vitaliza por igual todo germen que se acoja a su entraña, así encierre un destino de cardo o de pan, así irrumpa en dulzura de macachín o en amargor de cicuta.

Almas sin encrucijadas, totales en los asomamientos, desnudas en la vibración.

Por mucho que os haya deformado la vida, siempre conserváis, sin saberlo, un intersticio azul para la estrella y un alvéolo sano para la miel. Porque en vuestra humildad habitan el sentido cabal y el equilibrio profundo de la naturaleza, que hasta cuando destruye afirma y crea.

Yo no he inventado los destellos de vuestro barro. Los he visto subir, desde el opaco légamo ancestral que remueve la angustia, buscando la luz hermana. Silenciosamente, como esas burbujas que suben desde el quieto misterio de los pozos, en cuyo fondo trabaja y hierve la vida.

Tales como os conocí os evoco, burbujas del amor obstruido y de la bondad prisionera, mojoncitos para el camino fraterno que aguardo desde la conciencia y desde el corazón.

S. J. G.

Montevideo, mayo 31 de 1940.

COMIENZO

Cada vez que la "Nueva" pasa cerca suyo, Eudoxio siente deseos de llamarla. Pero no se decide. Quisiera saber qué es lo que lo está inhibiendo. Tal vez los ojos ingenuos y clarísimos de la mujer, que "no dicen con su oficio". Tal vez el cerquillito infantil, rubio y sedoso, que le estría de un oro tierno la frente. Tal vez ese aire tímido, como de animalito extraviado, en que parece que quisiera refugiar su azoro, su torpeza, su in-experiencia de prostituta bisoña.

Ya unos cuantos amagos se le han quedado al hombre en palabra y ademán suspensos. Empieza a desquiciarlo una sorda rabia contra sí mismo, contra los parroquianos que alborotan y dicarachean, contra la impudicia veterana de las otras mujeres, contra todo ese ambiente denso de humo, de alcohol y de lascivia, que hasta entonces le pareciera lo mejor de la tierra.

Resuelto a ahogar en caña ese sentimentalismo ablandador que se le ha ganado dentro, acorta cada vez más los intervalos entre trago y trago.

—¡Ché, Caramora, servíme otra!

La aludida se acerca con la botella en alto, esquivando las parejas que danzan en contoneos tortuosos, bajos los párpados, sucias las caras de sudor y polvo, ajenas a todo lo que no sea el resoplar del acordeón afónico.

—Van seis con éste —dice llenando el vaso petiso y barrigudo.

Eudoxio levanta sus ojos “encapotaos” hasta aquel rostro grasiento, en el que, a despecho de la gruesa capa de polvos que lo recubre, se destacan enormes manchas de un color violáceo, huellas de antiguas sífilis a las que ella llama con displicencia “gajes del oficio”, y en las que sin duda ha tenido origen el remoquete con que se la designa.

—¿Y di áhi? — pregunta—¿Crés que te vía embroyar?

La mujer sonríe con expresión estúpida, mostrando unos dientes largos y desparejos que acentúan aún más su lamentable aspecto.

—¡Avisá, m’hijo! Demasiao sé yo que vos no sos hombre pa emporcarte’n unas cañas. Te alvertía como amiga nomás, porque, distráido, te podés mamar...

—¿Y di áhi? — vuelve a preguntar Eudoxio.

La “Caramora” se encoge de hombros y acude al requerimiento de otros bebedores. Luego, entre sus compañeras, cuchichea:

—Pa mí que’el nutriero clava el pico esta noche. Se yeva ya chupadas seis cañas grandes. ¡Y de corridito!

Eudoxio nota que las miradas de todos los presentes lo atisban con una curiosidad mal reprimida. Pero finge no darse cuenta de ello y continúa impassible en su banco de cajón, el vaso entre las piernas, el sombrero sobre los ojos y el cigarro arrinconado en un ángulo de la boca.

Poco a poco se va borrando para él todo lo circundante: hombres y mujeres, carcajadas, palabras, mú-

sica... Sólo permanece la muchacha del cerquillito infantil, que llena el rancho muerto con sus pupilas candorosas y su voz todavía pura, sin mimoserías zalameras, ni cascaduras alcohólicas, ni arrastramientos de provocación sexual.

Tanto a las rameras como a los asiduos al “quincho” miserable, chócales la actitud insólita de Eudoxio. Ni unas ni otros le han visto nunca así, tan cerrado y misterioso, tan metido en sí mismo como ahora.

El es viejo conocido de esa gente, acostumbrada toda ella a emborracharse a su costa. Cuando el hombre regresa de los esteros del Rincón de Ramírez, luego de tres o cuatro meses de vivir a lo indio, trae invariablemente una ponchada de cueros silvestres para convertir en pesos y unas ganas bárbaras de resarcirse de las abstinencias forzosas.

Mientras dura la plata, no hay nadie de garguero seco en su torno.

—Las monedas s’hicieron redondas pa que rueden y no p’amojarse’n los cintos — suele decir cuando está medio “puntiao”.

Y los que le rodean aprueban unánimes tal afirmación. Unos, porque les conviene que Eudoxio piense así. Otros, porque resulta peligroso contradecirle después que se “floreá”. Los menos, porque creen realmente en la razón del aserto.

Eudoxio es pequeño de estatura pero rollizo y fuerte. El pecho velludo, las manos cruzadas de un venerio grueso y nudoso, que las hace semejantes a raíces, el mismo olor selvático que brota de su cuerpo, le dan a su reciedumbre un no sé qué de vegetal.

Cuando camina, más que un hombre, parece un árbol en marcha.

Las mujeres del "quincho" se lo disputan con el pretexto de su generosidad sin límites; pero en el fondo lo que las atrae es esa fuerza indomeñable, esa salud montaraz que entra con él al rancho tétrico, rezumando acre aroma de soles y de intemperies. Lo buscan como si necesitaran apuntalarse en su machez enérgica, como si el contacto de aquella carne sana y áspera pudiera raspar el lodo ya endurecido, redimir las de la vida infecta en que otros hombres las empantanaran.

Eudoxio no es en verdad nada expansivo con ellas. Pero tampoco las trata con la rudeza y el desprecio con que suelen hacerlo los demás. Y hasta las ha defendido muchas veces de la grosería y la brutalidad de los borrachos.

—No porqu'estean en esta vida han dejao de ser mujeres — arguye en tales casos —. Y a una mujer no la castiga naides delante de Udosio Bas.

Por lo general, ésas o parecidas palabras son suficientes para calmar las "bravatas". Y cuando así no ocurre, se encargan de hacerlo los férreos brazos del cazador de nutrias, entre los cuales ha refrescado ya más de un "mamao" agresivo.

Eudoxio tiene en su haber dos hechos de sangre, que en el campo es como decir dos certificados de hombría. De ahí el respeto que se le profesa y la aureola de fascinante prestigio con que le han circundado las gentes del "quilombo".

Y aunque él nunca saca a relucir esos hechos — como hacen otros con los suyos, agrandándolos, para

ufanarse o medrar—, aunque nadie le ha oído decir una sola palabra a ese respecto, ni siquiera en las raras ocasiones en que la caña lo pone conversador, todos saben sin embargo, con pelos y señales, el cómo, el dónde y el cuándo de los tales sucesos. Pero, eso sí, ignoran el por qué. Saben que siendo todavía muchachote, Eudoxio le volteó las achuras a uno, allá por los esteros ásperos del "Perdido", y que ese uno se llamaba Salustiano Campos, por mal nombre "Lagartija". Y que más tarde, en la cárcel, le vació un ojo al guardián con un afilado gollete de botella, lo que motivó considerable recargo en la condena. Pero ignoran que el "Lagartija", hombre de su mismo oficio, después de haberle estado birlando durante mucho tiempo las nutrias que apresaban sus trampas, lo embistió facón en mano cuando él lograra por fin sorprenderlo "in fraganti", por lo que tuvo que dejarlo allí, entre los espadañales, con las tripas retorciéndose al sol como lombrices recién desenterradas. E ignoran asimismo que aquel carcelero estrábico de la penitenciaría, duro e inflexible con todos los penados, lo era con él más que con otro alguno —sin que alcanzara a comprender nunca el motivo de tal inquina — y no perdía ocasión de torturarlo, de atribuirle cuanta falta ajena mereciera sanciones, que se encargaba de ejecutar después por su propia mano, con un deleite de sádico. Y sobre todo que su ojo bizco, aquel ojo cruel y frío, de ferocidad inaudita, al que sólo hacía resplandecer el espectáculo del dolor humano, estaba siempre acechándole cuando él lo creía fijo en otra parte, y llegó gradualmente a convertírsele en obsesión perenne, insoportable, de la que recién pudo librarse aquella noche

que, ya perdido del todo el contralor de sus nervios, partió en dos la pupila odiosa con un tajo sorpresivo y brutal.

Allá en la hondura secreta de su conciencia, Eudoxio siente que esos recuerdos de sangre le pesan y le mortifican de una manera terrible. Porque él es bueno aunque haya delinquido. Bueno a pesar de los años de cárcel y de la bárbara aspereza del medio donde vive. Sólo que esa bondad, como la de ciertos árboles, está en el corazón, y para llegar a ella es preciso saber abrirse un rumbo entre el espinero con que se recubre.

Dos cañas más, y la mujer del cerquillito infantil es ya una visión inconsútil, que flota entre la humareda de mal tabaco y los corpúsculos danzarines del polvo. Una hechura de ensueño, sin peso ni consistencia material.

Y su voz ya no es tampoco voz humana sino susurro armonioso, que parece llegar desde increíbles lontananzas. Algo así como esas canciones que suelen boyar en el aire de las noches quietas, sin que se sepa dónde nacen ni dónde irán a morir, y que a la postre terminan por aquerenciarse en el corazón del que las oye, sembrándole de anhelos y sentimientos nuevos.

—¿Qué bicho ti ha picao esta noche, Udosio? ¿Tás en un baile o'tás en un velorio?

La voz chillona y desagradable de la "Pirincha" quiebra el cristal estático de aquel embeleso, esfuma la envoltura de cielo con que el hombre había logrado vestir la sucia realidad del ambiente. Ahora la mujer

del cerquillito vuelve a ser carne tangible, presencia opaca que lo llama sin palabras desde los meandros más profundos y arcanos del instinto. Y también pobre dolor inerme ante la vida, átomo de miseria concentrada en un apodo vulgar y en un destino amargo.

—Si querés yo t'enseño una vencedura pal pasmo — añade la de la voz chillona —. Pero primero me tenés que pagar una bilsita. Pa suavisar, ¿entendés? Porqu'esta noche he levantaó más caña que un camburgo franco.

Eudoxio la mira de arriba abajo antes de responderle:

—El que te puso Pirincha sabía lo que son pájaros.

Flaca, la cara eczemosa, la greña encochambrada, los estigmas del alcohol en la nariz bermeja, aquella mujer ya no parece tal. Es una ruina nauseante, que inexplicablemente vive aún del alquiler de su carne.

Y así son también la "Caramora", y la "Tortuga", y la "Palometa", y todas las demás infelices allí ancladas, algunas de las cuales han terminado de crecer en el "quincho". Y así será en el correr de pocos años la del cerquillito, que ahora resalta lozana entre las otras como un pimpollo entre flores agostadas.

—Pagámelá, no siás malo — insiste la "Pirincha" —. ¿Qué son cuatro rialitos de murundanga pa un hombre como vos?

—Güeno, andá'tomarla; pero me tenés que decir primero el nombre de la "Nueva".

Ella le palmea el hombro con su mano huesuda, ríe con una risita desdeñosa e irónica, y responde:

—Mirá nomás de qué lao te venía el pasmo!

Después, bajando el tono y acercando su cara a

la de Eudoxio, hasta echarle en las narices la tufarada hedionda de su aliento, que apesta a nicotina y caña de barril:

—Eya dice que se yama María Rosa Lemos. Pero pa mí y pa las otras muchachas es la “Nueva” y gracias. Te alvierto que la endevida tiene más pretensiones que ropa, ¿en? Como no faltan sonsos que l'hagan crer qu'es linda...

—Parece muy gurisota' tuavía.

—¡Tás loco! Esa ya hace un rato largo que mudó los dientes. Dice que tiene diecisiete años, ¿sabés? Pero es porque no si acuerda'e los que mamó.

Y otra vez la risita despectiva, en la que aquella ruina suelta su envidia por la juventud de la recién llegada.

Eudoxio siente una mezcla de repugnancia y lástima al oírla.

—Andá, pues, a tomarte tu agua dulce, antes que me arrepienta — dice —. Y a la pasada me la yamás a la Nueva.

—Si ése es tu gusto, m'hijo... Pero me tenés que convidar tamién con un cigarro en chala.

—Mirá qu'es medio juertón el que yo pito.

—¡Qué m'importa! Siendo marca pechaso cualquiera sirve.

Y liado y encendido el cigarro, váse en procura de su botella de bilz.

Poco después se aproxima la del cerquillito, perseguida por manos y palabras sucias.

—¿Pa qué me quiere? — interroga, a tiempo que clava sus pupilas claras en el rostro curtido de Eudoxio.

—Sentáte. Vamo'a prosiar un poco.

Ella obedece, sugestionada extrañamente por la voz de aquel hombre, que aunque bronca y áspera tiene un dejo de melancolía que le inspira confianza.

—¿De qué te vas a servir?

—Gracias. No tomo nada.

—Así me gusta, muchacha. La bebida no da ni pa camisa.

—¿Y usté por qué toma, entonce'?

Titubea él, desconcertado por aquella pregunta. Luego, evasivo, contesta:

—Y... áhi tenés vos... son cosas...

Callan ambos, como en tácito acuerdo, y se quedan largo rato mirando sin ver el ajetreo lúbrico de los bailarines. Cuando Eudoxio reanuda el diálogo, ya la mujer ha perdido aquel aire de azoramiento que la entorpecía.

—¿Hace muchos días que cáiste por aquí, María Rosa?

A ella la sorprende gratamente oírse llamar así, por ese nombre casi olvidado ya, y que le resucita de pronto en la memoria toda la vida anterior, toda la dulzura de las cosas muertas.

—Una semana agatas — replica.

—¿Y te hayás en esta vida?

—¡No!

Lo dice entre dientes, como mordiendo esa respuesta que se le escapa contra su voluntad. Y en seguida, con una sonrisita en la que tiembla el llanto apenas reprimido:

—Pero carculo que m'iré acostumbrando. Será cuestión de tiempo, nomás.

—Es una lástima. Una moza linda como vos... No te hubiera faltao con quien acoyarte.

—¡Cáyese! ¡Si usté supiera!...

Ahora la sonrisita se ha trocado en una risa amarga y los ojos han perdido su expresión infantil. María Rosa ya no es la paisanita candorosa que acabará de crecer en el prostíbulo. Tiene un rostro impersonal, sin tiempo, sin edad. El rostro adusto y trágico de la campesina pobre, de esa humilde mujer con destino de camoatí vaciado sobre pedregales, de manantial en el que se escupe después que se ha bebido, de carozo de fruta donde todos mordieran.

—¿Si usté supiera qué?... Decíme; no tengas cortedá...

Ella le escruta los ojos largamente, como si quisiera meterle por allí los suyos hasta el corazón. Después le dice con un acento en el que convergen la duda y la esperanza:

—Véngase a la piesa conmigo, pa disimular. No sé por qué me han dentrao estas ganas que tengo de prosiar con usté!

La historia de María Rosa fluye en palabras oscuras y vulgares. Tan vulgares como esa misma historia de muchacha del campo, senda en declive y sin bifurcaciones que va desde una cocina de estancia hasta un burdel de pueblo.

De toda ella, sólo una frase queda viviendo en los oídos de Eudoxio:

—Tenía yo unos doce años escasos cuando mi padrasto me vendió al patrón.

Concluido el relato, permanecen callados otra vez, como escuchando los murmullos de la noche, que entra oliendo a campo y a lejanía por la ventana miserable. El hombre fuma con lentitud, escondiendo a cada chupada la brasa del cigarro en el hueco de la mano ancha, cual si temiera que su luz le iluminase el rostro, suavizado por insólita dulzura. La mujer trenza y destrenza con sus dedos las hebras doradas del cerquillito, mientras los cándidos ojos se le van noche afuera, persiguiendo quién sabe qué visiones remotas.

Y he aquí que de pronto las manos se buscan y se acarician en la sombra, movidas por simultáneo impulso, por idéntica y profunda necesidad de prodigarse en ternura. Y hembra y varón regresan en el tiempo, por sobre la aridez de sus vidas sin amor, hasta la pureza asombrada del comienzo.

Bórranse del recuerdo de ella todos los hombres que pasaran por su cuerpo, en animal sucesión de espasmos y bufidos, sin asomársele ni siquiera a la orilla del alma solitaria. Mueren en la memoria de él todas las mujeres que le alquilaran su carne, ausente el corazón, mecánicos los besos, esquivo y desconocido el pensamiento.

Una y otro tiemblan y callan ahora, con las manos unidas y los ojos cargados de interrogaciones. Son como dos seres nuevos para los que el universo acabara de crearse. Son como la primera mujer y el primer hombre adquiriendo de improviso, en el linde del amor recién nacido, la justificación de su presencia en la tierra.

—Yo nunca he tenido quien me quiera'e verdá — dice al fin ella con su medrosa voz desamparada.

—Ni yo — contesta él al cabo de un instante.

Y después de chupar dos o tres veces con fuerza su cigarro:

—¿Te gustaría dirte conmigo, María Rosa?

La muchacha tarda largo tiempo en responder. Cuando lo hace, sus palabras son como un murmullo lejano, llegado entre las voces de la noche:

—Muncho. Si no fuera lo que soy...

—¿Y qué? Asina dejarás de serlo. A más, tampoco yo soy un santo.

Roto el escollo que ella creía insalvable, María Rosa retoma el hilo perdido de su antiguo sueño, aquél que la lujuria efímera y bestial repetida de hombre en hombre, de cópula en cópula, fué pisoteando y revolcando en el barro. Podrá tener al fin un compañero que colme sus entrañas con semilla de amor, y cuya sangre se funda con su sangre en venas nuevas; podrá tener un rancho entibiado en los inviernos a rescoldo de ternura callada, y alegrado en las primaveras por el cedrón fragante, juntador de avispa y templador de mates dulces; podrá dar de comer en su mano a los pollitos tiernos, redondos y afelpados como flores de espinillo. Y sentirá nacer el alba en el canto de los pájaros madrugadores, que revolarán con el plumaje brillante de rocío y el buchecito henchido de insectos y semillas de pasto. Ya le parece verles girar espacio arriba, trompos lanzados al cielo por el zumbel alegre de cada rama, breves chispas estríduladas musicalizando el aire todavía dormido.

Eudoxio suma el suyo al sueño candoroso de la

muchacha. Se ve junto a la lumbre quieta, oyendo el dúo de la caldera chilladora y el gato morrongueador, vibrátil, embolado entre la ceniza tibia. El mate amargo al vaciarse, la leña al crepitar lamida por las llamas, la clueca al remover los huevos que incubaba en un rincón, aportan también pequeños ruidos amigos, que unidos a los otros marcan el pulso dulce y sosegado del rancho, sobre el cual el tiempo resbala sin doler. Y en tanto María Rosa, que tiene el vientre redondo y duro, habitado por la promesa de inefables latidos, le sonríe desde la transparencia de sus ojos de miel, mientras cose con pulcro afán el dobladillo de los pañales humildes. Y un poco más lejos aguarda la cunita de madera, por él mismo trabajada a filo de cuchillo, diente de serrucho y esmero de paciencia gozosa, entre tarareos y silbos apunyaladores; la cunita que huele todavía a monte, y en la que todavía parece palpar un hondo y sano corazón de árbol. Y más lejos aún la noche abierta, plácida, infinita, guiñándole al cielo platado los miles de ojos en fiesta de sus bichos de luz.

La vida simple y clara que anheló siempre y nunca pudo vivir. Ahora, al construirla nítida en el sueño, ayudado por la noche y la mujer —flor de la tierra que reencuentra su perdida raíz—, tiene la certidumbre de que sólo ella será capaz de borrar la sangre que enrojece su rastro y ensucia su conciencia.

—Si vos querés nos vamo' esta madrugada mismo. Andá preparando tus archipieles mientras yo viá ensiyar mi doradiyo.

Y al tiempo que ella va a abrir la boca para responder, añade sonriendo:

—Dispués vengo y ti also en ancas, como si vos fueras mi novia y tu tata nos anduviera contrariando los amoríos...

Entonces María Rosa sonríe también, ya licuándosele en lágrimas los ojazos de miel.

Las "barras" del día los sorprenden lejos, en medio del campo fresco y aljofarado. Él las señala con el índice a su compañera y dice con su voz calmosa, que ondula levemente el sacudón del trote:

—Mirá: son igualitas a un bando'e garsas rosadas durmiendo entre'l estero. ¡Y pensar que yo nunca me había fijao en ese parecido!...

Se da cuenta de que sus ojos todo lo ven ahora de una manera nueva, como si amaneciera ante ellos por primera vez. Los matices cambiantes del cielo, las hojitas húmedas del yuyerío, la niebla que dispara del sol, a ras de tierra, deshaciéndose poco a poco en una felpita tenue e impalpable.

Y el poncho que le tremola sobre el cuerpo, hinchado por el soplo juguetón de la brisa, tiene para sus oídos un lenguaje nuevo también, algo así como un rumor de alas que se despliegan.

Los cascos del doradillo, al machucar la tierra, van levantando un fuerte aroma de raíces y de pastitos chafados. En el aire azul traza una tijereta vertiginosos círculos. Y bajo el agua glauca de los bañados, esconde el ranerío trasnochador sus sonoras castañuelas.

Mecidos por el trote rítmico van entrando en el

día el hombre y la mujer. Ambos de cara al sol que asciende ya, curioso y retozón, jugando a estirar el grupo en largas sombras.

Van sin huellas de sangre ni de barro. Sin costura de recuerdos ni agujón de tristezas. En la niñez del alma. En el comienzo.

U N H O M B R E

Sebastián se pone en camino antes de que amanezca porque el tirón es muy largo y el tiempo, asentado, promete otro solazo como los anteriores.

Lleva el carrito "atopetao" de sandías y la esperanza de venderlas a buen precio en las pencas de "Palo a Pique". Por eso va contento. Porque ahora puede disponer del fruto de su trabajo, de la cosecha lograda en la territa propia. De ahí la alegría que le baila en los ojillos redondos y le sale por los labios "desplayaos" en culebreo incesante de chiflidos.

A cada rato vuelve la cabeza para observar si la carga aguanta bien los barquinazos del carro en el camino zanjado. Y las sandías grandotas, con el verde fresco de la cáscara listado de vetitas oscuras, le endulzan la mirada y le penetran de una sensación acariciante el corazón sencillo.

—¡Pucha qu'es macanudo trabajar en lo di uno!

Empinándose sobre los recuerdos, pónese a revivir sus malos tiempos de peón de estancia, con un sueldito de gurí de mandaletes que no le daba ni para los vicios; sus vanas andanzas de esquilador desplazado por las máquinas; sus azarosos trajines de alambrador, de ayudante de hornerías, de agricultor medianero, de apaleador "por la comida" en las tri-

llas de porotos, de desgranador a marlo en las cosechas de maíz...

Y, más tarde, la vagancia matonera y parásita, puchereando hoy aquí, mañana allá; robando "amarruecos" en las "musiadas" de boliche; ganando algún realito al truco con recursos "de abajo'e carreta"; metiendo tabas cargadas en cuanta cancha había por el contorno y echando mano al cuchillo para cortar a tajos cualquier alegación.

Porque él había andado muchos años "como malleta'e loco". Y a rigor de "refalones" y golpes se fué adentrando poco a poco en esa mala vida, a la que ya le estaba tomando gusto cuando conoció a Rufina.

—De no haberla topao a tiempo no hubiera tenido güelta — piensa —. ¡Lo qu'es una mujer!

Desde que se arranchó con ella es otro hombre. Rufina puso un albardón de ternura y esperanza en su aridez amarga. El hizo pie en ese cariño manso, sosegado y humilde. Y así pudo repechar.

Otra circunstancia contribuyó a "palenquiarlo". Y fué la muerte de aquel tío misántropo, medio brujo y medio "descalabro", que le dejó al "espichar" su ranchito y sus tres cuadradas de tierra inculta.

¡Lo que sacó su paciencia de aquel abrojal cerrado y lujuriente! Una quinta primorosa, de canteros rectangulares, altos y parejitos, divididos por caminos derechos "como lista'e poncho".

Claro que el milagro le costó sudores y callos, sin contar un "tabardiyo" que por poco se lo lleva al otro mundo.

Fué cosa de tiempo tanto como de voluntad. Con un mal rastrillo y una peor pala hubo de arreglarse

las. Pero suplió con esfuerzos la carencia de implementos agrícolas. Comenzaba su labor con las últimas estrellas, y con las primeras estrellas la dejaba para deglutir un churrasquito flaco y caer como piedra sobre el viejo camastrón "acarunchao".

Rufina lo ayudaba de igual a igual, pegado todo el día a los surcos su corpacho retacón y macizo, a flor de silencio el alma llana y sin complicaciones.

Fué ella, con su dulzura muda y sufrida, con su suavidad calmosa y alisadora, la que hizo nacer en el corazón de Sebastián ese amor a la tierra que ahora lo colmaba. Recién lo comprendió él cuando, en aquel cuadro ganado a los abrojos, asomaron las primeras hojitas del maíz, como tiernos brazos de niños alzados hacia el buen sol. ¡Qué emoción insospechada le tembló entonces dentro del pecho rudo! ¡Si hasta estuvo a punto de lagrimear de contento!

Desde aquel día se sintió penetrado de la grandeza y la sencillez de la tierra, henchido de la bondad simple de las cosas. Y fué como si recuperase la niñez para gustarla recién, en un prodigioso desquite logrado sobre el tiempo.

Retribuyendo el constante y "desaguachador" esfuerzo del hombre y la mujer, la tierra hinchó con sus jugos vitales los tubérculos, apretó de gordos granos los choclos, endulzó y coloreó la pulpa de los frutos rezumantes.

Después, el amor redondeó el vientre de Rufina. Y para Sebastián todo giró desde entonces alrededor de la espera jubilosa.

Su carne, antes sólo mordida por urgencias terribles, por súbitas avalanchas de animalidad sin cau-

ce, que lo mantenían insomne largas noches en los catres galponeros, y acababan empujándolo fatalmente a los burdeles del pueblo, iba a latir ahora en la pureza de un hijo, cuya presencia ya veía relumbrar sobre los terrones oscuros como una miajón de aurora.

Y no hablaba de otra cosa que del pequeño milagro en gestación. Mientras iba y venía el mate espumoso, portador de la ternura ingenua, decíale a Rufina:

—Verás vos como saldrá machito y con la misma facha'e su padre. ¡Vamo'a ser compañerazos!

La mujer lo contemplaba en silencio con sus grandes ojos melancólicos de ternera guacha. Y una sonrisita ambigua distendíale los labios gruesos y pulposos. Ella, desde el fondo de su alma, ansiaba una niña para hacerle rulos con papel de estraza, para atarle cintitas de colores vivos en el pelo, para vestirla de encajes y puntillas como, de pequeña, vistiera su imaginación a la muñeca rubia que no tuvo jamás.

Son las diez de la mañana cuando llega Sebastián al boliche. Aunque faltan todavía varias horas para el comienzo de la penca, ya están las carpas atestadas de hombres que mojan la espera con cerveza caliente, o la azucaran con sendos refrescos de limonada. Los trillos, bien barridos, lisitos, estiran sus tres cintas paralelas sobre el campo. Un sol duro y pesado reverbera en las copas de los frenos, en el bruñido metal de los estribos, en el pelaje sudado de las cabalgaduras resoplates, cuyo olor agrio y fuerte se pega porfiadamente a las narices.

Aquí y allá empieza a estallar el júbilo taladrante del chicharrerío. Infatigables golondrinas van y vienen a ras del campo llano, moteado a trechos por enormes lunares amarillentos.

Sebastián desprende, lía un "tramojo" y se acuesta a saborearlo bajo el carro. Aspira el humo en gruesas bocanadas y luego lo devuelve en dos columnas simultáneas, largas y espesas, por las hornallas de la chata nariz, complaciéndose en verle derramarse por entre los pastitos crespos y petisos y elevarse después en azules hilillos retorcidos, como si brotara de la propia tierra.

Desde los cuatro puntos cardinales afluyen sin cesar grupitos de jinetes, en trote abanicado por las blancas golillas y por los claros ponchos veraniegos. Cuando llega el mediodía, ya todos los hombres del pago están allí. Poco a poco la creciente marea humana ha ido rebasando las carpas y el boliche y empieza a apeñuscarse ahora a lo largo de la pista, no obstante el chucerío vertical del fuerte sol en cenit.

Ya anda el comisario en su malacara grandote, con la "perrada" a la zaga, aprovechando cualquier futilidad para hacer gala de su autoridad. Los payadores de oficio improvisan en honor de los hacendados ricos, dueños de los parejeros, interminables décimas untadas de un servilismo lastimoso, que los homenajeados pagan con alguna caña pedida a gritos o algún peso tirado por encima de las mesas, en pavoneada y ridícula ostentación. Por todas partes se forman corrillos que barajan cifras y desnudan "palpites". La aparcería del favorito, chaluda y mano abierta, grita el monto de las apuestas con engolada voz. Los tahu-

res del pueblo buscan disimuladamente "piernas" para las ruedas de la noche. Un ruletero ambulante despluma incautos al amparo de cierto "permiso especial" del comisario, que hace la vista gorda a sus bellaquerías porque de ellas habrá de sacar, sin duda, la mejor tajada. La caña blanca comienza a endurecer los ojos y a trabar las lenguas. Y el ambiente se va puntillando de recelos, de quisquillosidades y de malas palabras.

A la sombra protectora del carro, Sebastián aguarda pacientemente la clientela, pensando en el regalito con que sorprenderá a su Rufina cuando vuelva al rancho. No sabe si decidirse por un babero bordado, con palomas alicortas y ángeles mofletudos, al que ya en otra ocasión le había puesto el ojo, o por unos escarpincitos de lana celeste, o por unos metros de puntilla y cinta para adornar la ropa del gurí.

Bajo el toldo de lona basta y raída, la mancha verde de las "sándias" es como un fresco oasis en mitad del día rojo.

Antes de que hayan enfrenado para el último turno ya está el carrito limpio. Y las hormigas se dan un hartazgo con las tajadas en forma de media luna, descarnadas hasta el blanco, que yacen sobre el pasto reseco.

Sebastián entra al boliche, adquiere las chucherías para su mujer y se dispone a marcharse; pero en ese momento le intercepta el paso el mulato Clementino y, aludiendo a la compra, le dice entre despectivo y burlón:

—Por lo visto pronto estaremo'e calostro, ¿no?

Clementino había sido su compañero de comparsa cuando esquilaba. Era lo que se dice un "desorejao", más perdido que las cartas, que no le tenía "ley" ni a su madre. "Ganador de tirones", según unos, entrañado de verdad, según otros, lo cierto es que aquel mulato bisojo, cínico y camorrero, era muy capaz de abrirle la barriga al más pintado por cualquier fruslería. Con Sebastián nunca hizo buenas migas. Hasta de cuchillo en mano anduvieron una vez, a causa de cierta parada de taba "interpretada". Y de no haberse "metido al torsal" algunos mirones de buena voluntad, allí no más se hubieran sacado a ventilar las tripas.

Pero ahora las cosas han cambiado mucho. Sebastián ya no es el mismo de antes. Le tomó gusto a la vida y no está dispuesto a exponerla frente al mulato avieso y mal pegador, que nada tiene que perder como no sea el pellejo. Por eso, aunque su primera intención fuera hacerlo "comer tierra" de un mango, logra dominarse y trasponer la puerta en silencio, con la cabeza gacha, seguido por las cuchufletas y las risas de Clementino.

—¡Juá! ¡Juá! ¡Juá! Conque de calostro, ¿no? Pa mí qu'el bacaray va'salir medio blandón. Si yega'tirar al tata... ¡Juá! ¡Juá! ¡Juá!...

Para contener el ímpetu de la hombría que alborota su sangre, piensa Sebastián en la tierra mansa que lo espera, en la mujer de vientre colmado y corazón sin recovecos que lo ayuda a sembrarla, en el cachorrito próximo a llegar al mundo y carente de otro sostén que no sea el de sus brazos... Y esos pensa-

mientos lo ayudan a vencer al Sebastián antiguo, "genioso" y "mal arriao", que pugna por asomar de nuevo en relámpago de puñal y trueno de palabrota.

A los pocos minutos, camino del rancho humilde pero sujetador, ruedan el carro vacío y el chiflidito victorioso del Sebastián labriego.

Llega con el crepúsculo, transitado por el olor de los yuyos que reviven y mecido por las alas en regreso del torcacerío chacarero.

Ya comienza la tierra a levantar sus ruidos mínimos, éstos que en conjunto musiquean un inubicable arrorrró para el sueño campesino.

Sebastián conoce todos los secretos de esa música sutil, brotada de la raíz de cada pasto, del ojo vigilante de cada cuevecilla, del universo misterioso que se esconde bajo cada piedra, bajo cada hoja seca, bajo cada terrón... Es ella la que le ha metido hasta la sangre la intimidad de la naturaleza. Por ella ha aprendido a venerarla, a quererla, a sentirla discurrir entre la savia de los tallos, a verla sonreír desde la granazón de las espigas. Más que con los oídos, él escucha esa música con el corazón. Y hasta hay veces que no le viene de fuera sino que le nace dentro, como si su propio pecho produjera las infinitas voces que la urdimbran.

—¡Lo qu'es la juersa'e la tierra! — piensa entonces —. ¡Si hasta en la misma güesera di uno anda metida!

Cuando detiene el carro frente al galponcito de ri-

pías, le extraña que Rufina no se asome, ofrecida en el mate y la sonrisa, como de costumbre.

—¿L'habrán atropeyao ya los dolores a la pobre? — se pregunta.

Y mientras salva los escasos metros que lo separan del rancho, con el corazón a los saltos y algo como un puño helado apretándole el estómago, surge la respuesta inquietante:

—¡Pero si la comadre Goya dijo que pal veinte y hoy tamo'a diecisiete ricién!...

Ya en la puerta, sale a recibirlo un vagidito apenas perceptible. Y en seguida lo alcanza la voz pachorrrienta y lánguida de su mujer:

—Arrimáte tranquilo... Aura ya no hay por qué julepiarse...

Sebastián se vuelve entonces todo ojos y manos, en el ansia de ver y de tocar pronto al hijo. Con los brazos extendidos se acerca al camastro, casi esfumado ya por la creciente penumbra, y enciende la velita de sebo, a la que sirve de candelero una botella enana.

Ese goterón de luz tembleque y lacrimosa le desnuda de sombras el cuadro del reciente parto. Sobre las toscas sábanas manchadas, jadea aún la mujer, con la palidez del dolor y la hemorragia en el exangüe rostro, pero con una sonrisa nueva clareándole la boca. Y en medio de un gran charco viscoso y sanguinolento late el milagro del hijo pequeñito, amoratado, ovillo todavía informe de temblor y llanto.

Sebastián lo libera del cordón umbilical y alzándolo luego en brazos va con él desde el lecho hasta la puerta, repitiendo sin cesar, como si se dirigiera a

los pastos, a la tierra, a la noche que va llegando ya, apurada por la rodaja tenaz del grillerío:

—¡Es machito! ¡Es machito!

De los pies a la cabeza es el hombre una alegría ardilleante cuya plenitud le baila en la sangre, le chispea en los ojuelos inquietos, le hace gorgoritos en el ancho chorro de la risa, le hormiguea en cada fibra, en cada poro, en cada célula de la carne deslumbrada.

Y mientras Rufina lo sigue desde el camastro con pupilas gozosas, sobrepuesta ya al dolor que lacerara sus vísceras, él continúa gritando, infatigable:

—¡Es machito! ¡Es machito! ¡Vamo'a ser pañerazos!

Después, en el mismo tono, sin miedo ni vergüenza de que su mujer lo escuche, añade:

—¡Aura ya no m'importa qu'el mulato me crea un maula!

CHURRINCHE

Llamábanle así por la pechera roja de su única camisa, hecha con restos de franelas usadas. Era menudo, paliducho, ágil como un relámpago y sensible como una cuerda de guitarra. Había en su vida sólo una cosa buena: la amistad del negro Bernabé. Y muchas, muchísimas malas: hambre, frío, trabajo excesivo, insultos, rebencazos...

Su más ardiente deseo era llegar a hombre pronto. Por eso parecía que los días pasaban con una lentitud boyuna, insoportable. De haberle sido posible hubiera dado un salto en el tiempo. Un salto que lo arrancara de su niñez descolorida y triste, que lo librara de los procaces gritos y las bárbaras palizas del patrón.

Apenas fuese hombre, se echaría a rodar por los caminos. Trabajaría en cualquier cosa. Dormiría donde lo topase la noche. La perspectiva de sufrir penurias y calamidades no lo arredraba en lo más mínimo. ¡Con tal de andar a su antojo por el mundo!...

—Pior que aquí no viá pasar en ningún lao.

Irse era su obsesión. Con ella llenaba los escasos huecos libres de sus días y el refugio aliviador de sus noches. Irse a ver hombres y pagos nuevos. Sustraerse para siempre a la mirada aviesa y al implacable rebenque de don Mauricio; al hedor a estiércol del co-

B U R B U J A S

rral de ordeño; al lanceteo nocturno de las pulgas, que le ponían todo el cuerpo overo de ronchones.

—Tiene que ser macanudo salir a correr mundo!

De pensarlo tan sólo hormigueábale la sangre, le ardían las pupilas almendradas, se le embarullaba de prisas el corazón.

Trabajaba a la par de los peones, indiazos taciturnos y sufridos, con cuyo cobre apagado contrastaban su carita de rasgos suaves, sus labios finos y enérgicos, el rubio pajizo de su cabellera.

Algunas veces aquellos hombres le hacían víctima de zafias jugarretas. Sin embargo, Churrinche no les guardaba rencor. Eran brutos, espinosos, zafados, pero en el fondo buenos. Mucho mejores por cierto que el patrón, un vejete remilgoso y mujeriego, que siempre andaba oliendo a cosméticos, y que no perdía ocasión de envolverlo en su rebenque plateado o asesarle en las costillas los ferrados tacones de sus botas de charol.

Ninguno de los peones, en cambio, le había puesto jamás la mano encima. Y no porque les faltara autorización para hacerlo. Al contrario. El propio don Mauricio les había dicho muchas veces que le calentaran el lomo si llegaban a pillarlo haciendo alguna diablura o haraganeando en el trabajo.

Churrinche era de exclusiva propiedad del patrón. Le pertenecía tan en absoluto como las vacas que llenaban los potreros de la estancia. Para éso había nacido en sus dominios y había comido sus charques y sus mazamoras.

El niño tenía padre y madre. Pero como si no los tuviera. Nació del encuentro fortuito de la sirvien-

ta de la estancia y un húngaro "linyera". Ella lavaba en el río las ropas de los señores. El llegaba desde el otro lado del horizonte con su pátina de misterio, su hatillo y su soledad.

Quién sabe qué palabras, qué gestos, buscó el amor para unir aquellas criaturas tan dispares. Lo cierto, lo hermoso, fué que logró esa unión. Después el hombre partió con su destino de nube; y la mujer, sembrada, cumplió el suyo de tierra. Así llegó a la vida Churrinche, estrella con raíces, miga de cielo con olor a yuyo humilde.

Tenía, pues, padre y madre como todos los niños. Pero un padre perdido en los caminos del mundo y una madre reventada por el trabajo, que ya no era otra cosa que un haz de piel y huesos arrumbado en una cama de hospital.

De tiempo en tiempo aparecía por la estancia Bernabé, un negro viejo que se ganaba la vida tocando el acordeón en los boliches y en los bailongos de las rancharías. Para Churrinche no había en el mundo otro hombre como aquel moreno de piernas cortas y arqueadas, mota tordilla y labios de riñón hendido, que hablaba en una jerga bilingüe, sabrosa y pintoresca.

—¿Qué tal, seu Churrinche? ¿Cómo vai indo vocé?

Y el negro viejo reía estrepitosamente, con una risa ancha y espumosa que le ponía en descubierto hasta la campanilla. Luego levantaba al gurí entre sus manazas de betún cuarteado y lo horquetaba sobre el

mancarrón pachorriento, que proseguía tranqueando hasta el galpón.

Cuando las cosas habían rodado bien, traíale alguna golosina: confites con versito, avellanas o caramelos largos. Mientras Churrinche saboreaba a toda boca el regalo, el viejo metía sus dedos oscuros entre la mata de cabellos rubios y proseguía riéndose sin motivo alguno, de puro bonachón nomás. Entre carcajada y carcajada, solía intercalar estas palabras simples, que eran sin embargo la máxima expresión de su ternura:

—¡Qué Churrinche, éste!...

Todo el capital de Bernabé lo constituían su tubiano y su acordeón. No tenía nada más. Ni rancho, ni mujer, ni hijos. Ni siquiera un mal poncho para apechugar heladas. Andaba siempre de un lado para otro, "pichuliando" con su música. En verano gustábase dormir a campo abierto, en la intimidad de los grillos trepidantes. Pero los inviernos lo obligaban a buscar la cercanía del hombre y el calor de los fogones de trashoguero cantor.

Churrinche lo admiraba porque era libre y andariego como el viento. Sentados en el galpón, sobre las hediondas pilas de cueros secos, platicaban contentos, olvidados de la mísera realidad de sus vidas. El niño sin amor se refugiaba en la bondad risueña del negro viejo, hondo de dulzura como las lechiguanas en otoño. ¡Qué distinto era Bernabé de los hombres con quienes él convivía! Aquel ébano plácido producía una in-

definible sensación. Algo que a la vez que suavizaba su alma volvíale propenso al llanto. Un llanto bueno, eso sí. Un llanto que le iba limpiando el pecho hasta dejárselo nuevo.

El negro, por su parte, encontraba en la cháchara inocente del gurí una especie de brecha para evadirse de sí mismo, un destino concreto y tangible para la ternura amontonada tras sus pupilas turbias. Churrinche era como una justificación de su vida sin objeto. Por aquel camino de pureza y gracia, él viajaba hasta la niñez que nunca tuvo. Había en las palabras del chiquillo una música que no podía darle su pobre acordeón desvenjado. Una música viva, fresca, clarificadora. Una música con rostro y corazón.

Sobre los cueros infectos, entre el pulular voraz del pulguero, las dos puntas de la vida se nivelaban por el milagro de una fraternidad sin tiempo ni dimensión. Bernabé se abría en cataratas de blanca risa cándida, zumosa y dulzarrona como su corazón de macachín. Churrinche hacía pregunta tras pregunta. Quería saberlo todo: cómo eran los hombres que el moreno encontraba por esos caminos lejanos y desconocidos; por qué relumbraban tanto las piedras de los cerros que se erguían allá, del otro lado del río; cuánto se tardaba en llegar hasta el punto donde se tocan la tierra y el horizonte...

Bernabé se veía en figurillas para responder a tales interrogaciones. En su concepto, los hombres eran más buenos cuanto menos poseían.

—Os melhores são aqueles que não tem mais que o dia e a noite. Eu entendo que a prata e a bondade nunca fizeram liga, menino.

Con las piedras sucedía algo parecido. Las que estaban más alto, más próximas al sol, eran las más bonitas y las que reverberaban a mayor distancia. En cambio las más útiles solían ser las oscuras y humildes, las que estaban hundidas en la tierra o desperdigadas entre la vegetación.

—O mesmo que a gente, rapaz. Quanti mais rejucilan menos prestan. Si você precisa uma pra afiar a faca o pra dar faísca ao yesquero, tem que dir a campiarla entre as que estão em baixo.

Lo de la juntura de tierra y horizonte ya era cosa de más difícil explicación:

—Y... Eu tenho pra mim que não se chega nunca onde você diz. Você pega o cavallo e galopeia tudo o dia, e a beira do ceo fica tão longe ao fim como ao principio da viagem. Volta a galopiar outro dia inteiro, e ainda outro, e ná de acercarse. Então chega a pensar que não existe o tal ceo; que e só um engano dos olhos.

—¡Pero eso no puede ser, don Bernabel! ¿Y ande es que vive Tata Dios, entonces'?

El negro se rascaba perplejo su escarchado moteado.

—¡Esa e qui e a questão, mesmo!... Pra mim que ha de viver na imaginação de cada um de nós, seu Churrinche.

Al gurí no lo convencía semejante respuesta. Para ser cierto aquéllo, tendría que existir una inverosímil cantidad de Tatadioses. Además estaba el Paraíso, sitio que él no podía concebir fuera del cielo.

—¿Y entonces' p'ande van los cristianos cuando mueren?

—Pra baixo terra, rapaz.

Pero Churrinche no se conformaba con la pérdida de su cielo. Se lo había imaginado lleno de estantes con frascos de golosinas, como las pulperías; de angelitos que asaban choclos reventones en la gran brasa del sol; de árboles que florecían maravillosos juguetes; de santos venerables pero alegres, que tocaban noche y día sus acordeones de oro. Y presidiéndolo y observándolo todo, el Señor, un viejecito suave, dulce y cachaciento, al que la Virgen María tejiera con puritas hebras de luna un hermosísimo poncho, de cuyos flecos pendían estrellas siempre flamantes. Algunas veces, los angelitos más osados le birlaban con habilidad esas estrellas para jugárselas al chocolón. Y a su contacto se les ponían las manos luminosas, como si hubieran deshecho entre ellas un puñado de bichitos de luz.

Bien que se daba cuenta Tata Dios de tales escamoteos. Pero en lugar de enfadarse y reprender a aquellos “propasaos”, reía buenamente de la travesura, con una hermosa y cantarina risa parecida a la de Bernabé. Una risa que hacía danzar graciosamente las dos puntas de su larguísima barba jazmínera.

No, Churrinche no quería perder su cielo. Seguro que el negro viejo estaría empezando a chochar y por eso afirmaba semejante “bolaso”. ¡También, con la “camasada” de años que ya debía tener en la “cacunda”, el pobre!...

—Pero y si es verdá que no hay cielo, ¿en dónde se asujetan las estreyas?

—¡Agora sim que me amoló vocé! Eu estou por dicirle que si são tão leves como pequenhas andarám boiando no ar, nomais, mesmo que as luces malas.

—Güeno, dígame otra cosa, don Bernabel: ¿Y el infierno ande queda?

—Nao posso crer nessas historias que se contam do inferno, criança. O único inferno que eu conheço e este mundo.

Aquello sí le parecía muy bien a Churrinche. En su opinión no hacían ninguna falta el diablo, ni sus fogatas suplicadoras, ni sus tachos de aceite hirviendo. Bastante se sufría en vida para tener que continuar sufriendo aún después de morir.

Descartado el infierno, podía justificarse la falta de paraíso. Pero, si de veras no existían uno ni otro, ¿por qué había iglesias y curas? ¿Por qué rezaba la gente?

Y el gurí seguía abrumando a Bernabé con sus preguntas, a veces pueriles, a veces desconcertantes, que el moreno bonachón se esforzaba en contestar entreverando idiomas y sacando a relucir conceptos pintorescos, cuyas raíces, más que en el cerebro, estaban en la intuición.

Pero las charlas no duraban mucho tiempo. Cuando menos se esperaba, llegaba a cercenarlas la voz cortante, agria y vinosa del patrón.

—¡Churrinche! ¡Churrinche! ¡Caminá aquí muchachito'e porquería!

El gurí permanecía unos instantes alelado, como el pajarillo ante los ojos de la víbora que ha de engullirlo. Luego echaba a correr hacia su dueño, encogido, pequeñito, cual si de antemano procurara reducirse para atenuar la violencia de los rebencazos.

Un día llegó a la estancia el tubiano solo, arras-trando las sobadas riendas y con una tristeza casi humana en las pupilas mansas.

Los peones, con la certeza del drama, salieron en procura del cuerpo de Bernabé. Delante iba Churrinche, hinchada por el viento la camisita de pechera roja, insensibles los pies a las rosetas, saliéndosele por la garganta el angustiado corazón.

Lo encontraron a un costado del camino, casi oculto por el compacto chilcal.

—Un váido — dijo, como justificándose.

Pero todos comprendieron que el pobre negro viejo ya no daba más; que había llegado a la otra orilla de su borroso destino.

Las ganchudas manazas, casi paralizadas ya por el último frío, apretaban amorosamente contra el pecho el afónico acordeón.

Cuando Churrinche le echó los brazos al cuello, en un inútil empeño de sustraerlo a la muerte, todavía una sonrisa le aluzó el semblante y los ojos bonachones. Y con una voz apenas inteligible, que se asemejaba al susurro del viento entre el yuyerío, alcanzó a decir aún:

—Churrinche... meu filho... a cordiona e pra você... pra você sozinho...

Después se le quedó inmóvil la sonrisa en los morados labios entreabiertos. Y una plácida expresión de niño que se duerme le suavizó la cara enorme.

Churrinche lloró sobre su cuerpo hasta vaciarse de lágrimas. Parecía que acababa de despeñarse de una altura inmensurable y que caía... caía... sin llegar nunca a tierra.

Había perdido, acaso para siempre, el verdadero cielo. Lo había perdido con aquel puñado de carne oscura que se le estaba enfriando entre los brazos.

Para poder desprenderlo del cadáver, tuvieron que arrastrarlo los consternados peones.

FRATERNIDAD

Orillando el alambrado, va la muchacha en dirección al arroyo. Lleva bajo el brazo los "miaos" del hermanito pequeño. El picante airecillo mañanero colorea su rostro, dándole un sabroso tono de durazno pintón. Los pechos, turgentes y firmes, insinúan sus pezones rebeldes bajo la burda tela de la blusa. Y la raída pollerita deja adivinar unos muslos bien torneados y una caderas de suave redondez.

En sentido contrario avanzan dos milicos. El sol relampaguea en las vainas de sus corvos y en los botones dorados de sus casaquillas.

Al cruzarse con la moza los dos se acaramelan.

—Adiós, pimpoyito!

—¿Querés que te acompañe, preciosura?

Viendo que el hombre intenta aproximarse, la muchacha echa a correr, rauda y azorada, como liebre sorprendida por la jauría.

Los policianos ríen estrepitosamente, mientras siguen con los ojos la huidiza esbeltez de la mozuela.

—Había sido más arisca que una pava'el monte.

—'Tá visto que sí. Potranca entera se vuelve pura cosquiya.

Echan a andar de nuevo, haciendo chicotear los sables contra los guijos del camino. De trecho en trecho vuelven la cabeza, buscando con sus miradas a la

B U R B U J A S

fugitiva, cuya carne núbil les ha encendido de lúbricos deseos.

—Se ha puesto'e rechupete la gurisa.

—La verdá.

—A mí me palpita que no va'dir muy lejos, hermano. Hay muchos tararases en el pueblo...

Tras un breve silencio, tornan a babosear sus lascivos pensamientos.

—Va'ser un hembrón flor.

—Pero no pa tu pico, carancho.

—Ni pal tuyo. Esos bocaos tiernos los saborea el comisario. Ya se ha cebao el hombre...

—Mal dorao es ése. Y chacarero como chanco bagual.

—¡Si será! Lo qu'es un rebusquecito no le falta ni en viernes santo al endevido.

—Y a propósito, ché: ¿vos no te acordás de la hermana mayor d'esta gurisa, una que le decían la Tota?

—No era de mi tiempo. ¿Por?

—Me acordé porqu'esa tamién jué budín suyo cuando nueva. Y era lindasa, hermano! Lástima que después se relajó del todo.

—¿Y qué fin yevó la tal Tota?

—Hasta hace un par de meses vivía en Treinta y Tres. La última ves que bajé ayá la vide en El Farolito. 'Tá qu'es un verdadero escracho la enfelís...

El hombre se interrumpe para encender su cigarro. Luego prosigue:

—¡Cristiano lambisquero el comisario! Verás vos que a esa gurisa la va'engrampar tamién en cualisquier güeltita.

—Y al fin y al cabo hace bien, ¿no te parece? Es hombre joven' tuavía, tiene labia, presencia... Y sobre todo tiene autoridad. Si no aprovechara la vida sería más que sonso.

—Pero a mí me aseguró el cabo Virola que si él agencea mujeres es a rigor de plata.

—Tal ves, nomás. Con la pobreza que hay en ese rancharío...

—Dicen que a la bayanita'e los Silva la compró por veinte latas, y que pa poder dentrarle a la más chica'e las Munices tuvo que sacarle libreta a la madre en el boliche del Sapo.

—¿Güé y qué? Eso lo hacen tamién otros más copetudos. Ahi tenés vos, por ejemplo, el caso'e don Juan Andrés, el de Los Higuerones. Cada ves que viene a veraniar se yeva una gurisa pa la estancia. La cosa más senciya'el mundo! Como'stá podrido en plata, y pa esos asuntos es hombre mano abierta, no tiene más que aflojar algunos lomo colorao y elegirse el pitisco que le guste. ¡Lo qu'es la biyuya, hermano!

—Lo qu'es l'hambre, decí...

—Yamále hache. Yo pienso que a nosotros no nos van ni nos vienen esas cosas. Nosotros'tamos pa guardar el orden, y lo demás es macana. ¿No hayás vos?

—'Tá visto que sí...

Llegan en ese instante a la comisaría.

—Sin novedá, suficial.

—Sin novedá...

El superior ordena:

—Vos, Chueco, andá preparando el mate pal comisario. Y vos, Orejero, dámeles una lustradita a las

botas coloradas. Pero esmeráte ¿en? Mirá qu'estoy de baile esta noche.

El "Chueco" se dirige a la cocina, en tanto que su compañero se dispone a remozarle las botas al superior.

La muchacha llega al arroyo. Su madre, en cucillas, jabona un montón de ropa. Es una mujer todavía joven, pero avejentada por los partos y por la miseria. Tiene ese color entre amarillo y terroso de los desnutridos, el gesto agrio y el mirar febril. En el rostro chupado y enjuto, en la flojedad de los pechos colgantes, en la flacura inverosímil de los brazos, en las violáceas manchas que le salpican la hinchazón fofa y temblona de las pantorrillas, está escrita su historia. Niñez con hambre y golpes, arrastrada en la humedad insalubre de alguna cueva; pubertad corrompida por el primer amo y pasto luego de sus hijos, después de los peones, más tarde de los cruzacaminos; madurez apurada por los frutos del amor tardío; y amustiamiento desesperanzado, que ensombrecen los lloros de boquitas sin pan...

—¿Dejaste los gurises encerrados, Mercedes?

—Sí, mama. Al chiquito lo puse entre'l cajón, y tuve que atarle las manitos pa que no se rascara. 'Taba desesperao el inocente.

—Es que tiene la cabeza en yaga viva esa pobre criatura.

La muchacha se pone a lavar pañales. El agua helada duele en sus manos enrojecidas y eriza la piel

de sus morenos brazos. Sus senos primaverales tiemblan bajo la bata como pájaros frioleros.

Viéndoles reflejarse en el espejo líquido, enhietos por el frío los pezones rosa, recuerda la mirada caliente de los milicos, resbalando sobre ellos con lerdadelectación. Y piensa, estremecida de un miedo que no acierta a definir, que desde hace algún tiempo todos los hombres la miran de ese modo, con un hambre carnal que la recorre de la cabeza a los pies, que hurga en su vientre, que palpa sus caderas y sus nalgas, que viscossea entre sus muslos tersos. Sí. Todos los machos la registran, la desfloran con los ojos. Y ella siente que, poco a poco, la vanidad y el instinto van haciendo germinar entre su miedo algo así como un placer, del que cada día se avergüenza menos...

Había carreras ese domingo, y las "locas" de Treinta y Tres acudieron como de costumbre, con la esperanza de ganarse algunos pesos. Entre ellas iba la Tota.

Las vecinas, escandalizadas, se pasaban la noticia, prendiéndole indignados comentarios.

—¿Ha visto qué descaro?

—¡Se precisa tupé!

—¡Ya no tiene ni pisca'e vergüenza esa defachada!

—¡Tá claro! ¿Qué más puede esperarse de semejante yegua?

La ira contra la Tota crecía sin cesar. Todas las viejas de la ranchada echaban por la boca sapos y cu-

lebras. Y las de historia más turbia, las de moral más carcomida, aventajaban a las otras en virulencia y en mordacidad. Que en éso, por desgracia, se parecen demasiado todavía los pobres a los ricos.

Mientras tanto la carpa de las rameras, alzada junto al monte, hervía de gritos, risas, ruido de copas y rezongo de guitarras. Todo el macherío del contorno afluía al burdel improvisado. Hombres torvos y andrajosos se apretujaban allí ávidos de barullo, de caña, de mujer.

Era la miseria del campo, florecida en prostitutas ojerosas y en sucios peones de estancia. Sangre de una misma herida. Supuraciones de una misma llaga.

—Andáte hasta la carpa en una disparadita, y decíle a tu hermana que a ver si nos ausilea con algunos riales; que hace un mes que vivimos a gayeta dura; que los gurises ya no tienen ni juersas pa yorar de tanta hambre que han pasao.

La muchacha echó a correr hacia el campamento de las "locas", sorda a las pullas escupidas desde todos los ranchos.

Llevaba una emoción que le estrujaba el pecho. Su corazón daba saltos de pájaro enjaulado. ¡Es que tenía tantas ganas de abrazar a la Tota!...

Sofocada y trémula se acercó a la carpa, de cuya boca se escapaban susurros, frases obscenas, y un olor dulzón y áspero a la vez, mezcla de polvos y lociones baratas, de tabaco, de caña, de sudor...

Cuando vió a la Tota con su vestido de fulgurante rojo, sus zapatos de afelpada gamuza y sus translúcidas medias de color "champagne", tuvo un deslumbramiento. Y un súbito deseo relampagueó en los hondones de su feminidad, cegándole la candidez maravillada. ¡Ah, si ella pudiera un día vestir así!...

Y miraba con tristeza su falda de percal, sus chanquetas raídas, sus desnudas pantorrillas y su blusita remendada y sin color.

Sintió que dos brazos cariñosos la ceñían el cuello, oprimiendo dulcemente su cara contra un pecho perfumado.

—¡Mercedes!

—¡Totita!

Desprendidas del abrazo se miraron recién a los ojos. ¡Qué fea estaba la Tota! Desdentada, flaca, con los labios marchitos, el cuello ajado, las mejillas ásperas y llenas de granos. ¡Y qué tristeza tan honda en sus pupilas! ¿Es que acaso no bastaban para ser feliz aquel traje tan lindo y aquel olor a rica?

Caída dolorosamente de su sueño, Mercedes habló:

—Dice mama que nos ayudes con algo, si podés...

La Tota sacó de entre la media un billete de cinco pesos, sucio y arrugado, que constituía todo su capital.

—Tomá, yevále ésto. Es lo único que tengo. De ayá le mandaré más cuando pueda.

Y luego de una pausa, con voz quebrada, anhelante:

—Decíme algo del nene, Mercedes. ¿Está muy grande? ¿Habla ya?

—No. Si ni camina todavía. Mama dice qu'es la debilidad lo que no lo deja criarse al pobrecito. A más tiene la cabeza a la miseria. Un arestín emperrao, que supura munchísimo y se pone pior cada día.

—¿Y Pepe? ¿Y Marujita? ¿Se acuerdan todavía de mí?

—Sí, Tota. Todos nos acordamos siempre de vos. Eras tan buena... ¿Por qué te juiste de casa?

Al borde de las lágrimas, la otra exclamó:

—¡No me preguntés eso, criatura! ¡No quiero que me lo preguntés!

La voz destemplada y agria cohibió a Mercedes. Comprendió que tras aquella aspereza fingida sangraba un dolor profundo.

—Perdonáme, Tota. Yo no quería dijustarte.

Adulzada de nuevo, rezumando por los ojos su ternura hecha llanto, la prostituta volvió a tenderle los brazos.

—¡Mercedes! ¡Hermanita! ¡Qué grandota que estás! ¡Y qué linda!

Aquel hilo de dulzura zurció el sueño desgarrado de la mozuela.

—¡Tota: yo quiero ser como vos, tener vestidos y sapatos bonitos, comer todos los días, empolvarme y ponerme agua de olor!

La hermana le tapó la boca con un impulso casi brutal.

—Vos nó! ¡Vos nó! ¡Prometéme, Mercedes, que vos no serás así nunca! ¡Yo te aseguro qu'es la pior de las vidas!

Trémula, desmelenada, con los ojos arrasados en llanto y la boca torcida por un rictus amargo, la mujer parecía refundir en el suyo todo el dolor acumulado en los burdeles y encubierto por la sonrisa cansina de las prostitutas.

¡Hubiera querido decirle tantas cosas a la hermana inocente!... Pero no acertaba a expresar los pensamientos que le hervían adentro. Y sólo brotaba de sus labios el estribillo terco:

—¡Vos nó! ¡Vos nó!

Un hombre salía en ese instante de la carpa, con la mirada extraviada y el paso torpe de los borrachos. Era el comisario. Al pasar frente a las mujeres se detuvo. Tiró a la Tota un manotón obsceno. Luego se acercó a Mercedes, y echándole sobre el rostro su nauseabundo olor a caña le espetó, estropajoso:

—¡Quién pudiera merecerte, ricura!

La muchacha, asustada, se apretó contra el cuerpo de su hermana.

Babeándose, el ebrio prosiguió:

—Ché, Tota: ¿por qué no te la conquistás pa que se venga con ustedes? Esta gurisa ganaría un platal.

Como un alud se precipitó sobre él la prostituta, arañándole, mordiéndole, arrojando sobre aquella cara bestializada y cínica furiosos escupitajos.

—¡Relajao! ¡Borracho! ¡Yo que soy una puta no me cambiaría por vos!

Una patada brutal la derribó por tierra. Las ferradas botas del hombre pisotearon implacables aquel vientre yermo, aquellos pechos sobados, aquella cara marchita y envejecida, hasta que la sangre y el polvo se mezclaron en un lodo rojizo.

Mercedes echó a correr despavorida. Como un badajo loco le golpeaba en el pecho el corazón. Y sus manos febriles estrujaban el rugoso billete de cinco pesos.

C O R A J E

Veinte años largos habían transcurrido desde que Nicasio Barrios "robara" a su compañera, y aún el pago estaba muy lejos de perdonarles la falta cometida.

Buenos eran los dos, sin duda. Y respetuosos. Y trabajadores. Pero a la moral ofendida de Puntas del Infiernillo no le hacían cuenta en modo alguno tales atenuantes.

—Son unos amigos, unos cualquiera — eran las palabras de rigor al referirse a ellos.

Y el comentario punzante, venenoso, se cebaba especialmente en la mujer, a la que no había vecina del contorno que no le sacara el cuero.

—Nosotras no nos visitamos con los amontonaos de la costa, comadre. ¡Nada más faltaría!

—Y nosotras tampoco. Figúrese usted qué diría la gente que se aprecea si la viera codiarse a una con semejante chusmiya.

—'Tá claro, pues.

—Hay que enseñarla a darse su lugar a la muy oveja de Cecilia, ¿no le parece?

—¡Salga de áhi, comadre! ¡Con las ínfulas que tiene la plumiya ésa!... Se figurará qu'es una señora, carculo yo...

—¡Alabada sea la Virgen Santísima! ¿Ya no se acordara de lo qu'hizo?

—La verdá, mismo. Yo no me canso de hacerme cruces al verla tan cogotuda.

—Es de sentir por la hija, pobrecita. ¡Me da una lástima cada vez que pienso en esa pobre inocente!...

—No se fíe mucho, comadre. Es una zorra mansa. Acuérdesse del dicho aquél, que cuasi nunca falla: hijo'e tigre overo sale. O si no de aquel otro que también viene justo pal caso: de tal palo tal astiya.

Estas y otras esclusas parecidas buscaba para vaciarse el agraviado puritanismo infiernillero.

Pero en presencia de don Nicasio o su mujer, era muy otro el lenguaje de aquellas honradas gentes.

—¿Qué tal, don Nicasio? Dichosos los ojos que lo ven con salú...

—¿Cómo andan por su casa, doña Cecilia? ¿Y Cristinita, siempre buena moza?

Tan amable tratamiento tenía su muy sólida razón de ser. Y era que para prestar un servicio, así fuese "echando p'atrás la hebilla", el viejo chacarero se pintaba solo. Y otro tanto podía decirse de su compañera. No convenía, pues, malquistarse abiertamente con quienes poseían esa rara virtud.

—Uno precisa'e Dios y todo el mundo — decíanse en su fuero interno las víperinas comadres de Puntas del Infiernillo.

Y era indudable que sus maridos compartían en absoluto aquella tan sensata como práctica manera de encarar las cosas.

No bien alguien enfermaba de gravedad en el pago, sus familiares recurrían sin titubeos a doña Ceci-

lia, única persona siempre dispuesta a pasarse los días y las noches a la cabecera del paciente, cuidándole con una solicitud y un desinterés de madre, hasta que lo devolvía al mundo de los vivos o el diablo se lo llevaba a sus lares, ganándole la partida.

¿Que un vecino se veía “horcao”, sin tener ni siquiera con qué pagar la renta de la chacra? Pues ahí estaba “el mancarrón” de don Nicasio para “sacarlo en ancas”.

¿Que a otro se le apestaban los bueyes cuando la tierra estaba recién a medio arar? Allá iba a reemplazarlos la yunta más gorda de los “amigaos”.

¿Que a don Juan o a don Pedro se le había roto el eje del carro en que transportaba su carguita de leña? El tumbero de Barrios, con caballos y arreos si el caso lo requería, era invariable sustituto del vehículo averiado.

Tras el servicio, llovían los agradecimientos y las promesas de retribución, que, claro está, quedaban siempre “en agua de borraja”.

—Cualquier cosita que precise, si está en mí el remediarlo, ya sabe: con confianza, vecino.

—Yo y mi gente quedamos a las órdenes pa lo que guste mandar, don Nicasio.

—Digalé a la patrona que pa la primavera, si Dios quiere y el año corre güeno, viá tener el gustazo de osequiarla con un lechón gordo y alguna yuntita’e patos.

Sin embargo más tarde, en los comentarios de rancho adentro, el favor recibido levantaba nuevas ampollas sobre el antiguo encono.

—Esos quieren pasar por generosos pa ver si uno

les perdona el que se haigan casao po’atrás de la iglesia, ¿no te parece, Salustiano?

—Por supuesto, mujer. Se conoce po’arribita’e la ropa.

—Más claro sólo echándole agua, ¿no?

En vano don Nicasio y su mujer daban “una manito” por aquí y hacían “una piernita” por allá. No había absolución posible para aquel pecaminoso casal de chacareros, al que, unánimemente, condenarían a desprecio perpetuo los honestos moradores de Puntas del Infiernillo.

*

* *

Así las cosas, entró a noviar Cristinita con Natalio Molina, capataz de estancia y hombre de cuyas dotes personales se hacían lenguas las viejas del pago entero, alimentando secretamente la esperanza de poder llamarle yerno algún día.

A pesar del alboroto que levantó tan insólito romance, haciendo poner el grito en el cielo a las despechadas mozas casaderas y remontar toda su innmacula ascendencia a las furiosas madres, Natalio concurría al rancho de su novia sin perder domingo, y allí se pasaba las tardes enteritas en un intercambio de silencios, suspiros y composturas de pecho.

Hasta pareció que el compromiso se había formalizado de veras cuando, tras la permuta de “lianzas”, dió principio Cristinita a la confección de su modesto ajuar.

Pero he aquí que de pronto, tan brusca y sorpresi-

vamente como había empezado, se truncó el noviazgo. Y al día siguiente, en cada uno de los ranchos de Puntas del Infiernillo, hasta los perros sabían la causa de la ruptura.

Cristinita estaba encinta. Doña Ramona, doña Hilaria, doña Luisa, y otras veinte o treinta doñas del lugar, iban y venían afanosamente propalando la sabrosa nueva.

—¿Qué me dice usted, vecina? ¡Eso sí qu'es yover sobre mojado!

—¡Bendito sea Dios! ¡Cuanti más uno viva más escándalos ve!

—Los malos ejemplos, doña.

—Por un lao se les emplea bien, comadre. Naides' tá libre de una disgracia, y menos las que tenemos hijas, que Jesús ampare. Pero al qu'escope p'arriba en la cara le cái.

—Vamo'a ver lo que hace aura el viejo.

—¿Usted cre que lo apechugará a Natalio pa que cumpla?

—A mí me palpita que no, vecina. Mas fe le tengo al mastuerzo.

Pero no obstante aquel pesimismo aparente, quedaron todas a la espera de más sabrosos acontecimientos.

*

* *

Cuando el niño nació, la madre estuvo en un tris de "quedarse". Revolvióse en la cama largos y angustiosos días, luchando con una fiebre tenaz, poblada de alucinaciones, que la mantenía en constante

desvarío. La muerte y la vida se disputaban encarnizadamente aquel cuerpo atormentado.

Y la vida triunfó al fin. La convalecencia fué lenta y llena de sobresaltos. Una extrema sensibilidad se había apoderado de Cristinita, sensibilidad que desataba sus lágrimas cada vez que oprimía en su regazo al pequeño. La honda remoción orgánica, repercutiendo en su alma, volvióla propensa a las más sutiles y escondidas formas de la ternura. Consumada la gesta, desprendida de la suya la carne nueva, tangible y vivo el fruto que ennoblecía sus entrañas, fué toda ella también como una criatura recién llegada al mundo, abierto el corazón en asombro y maravilla.

El niño se arrastró. Gateó. Tentó los primeros pasitos vacilantes. Balbuceó la gracia siempre prodigiosa de las primeras palabras. Inició sus traviesas andanzas por el patio y la huerta, hurgándolo y revolviéndolo todo con curiosidad insaciable.

Y hasta la tierra pareció sonreírle desde las boquitas cándidas y limpias de sus flores silvestres.

Más allá de la chacra, sin embargo, esperábanle ojos torvos y bocas despectivas. Toda la honestidad encrespada de Puntas del Infiernillo se mantenía al acecho, pronta a amargarle el tránsito ilegal.

*

* *

Por fin una tarde, en nutrida y bulliciosa reunión de carreras, se encontró don Nicasio frente a frente con Natalio, que desde el nacimiento del pequeño había esquivado a todo trance el bulto.

Y allí, ante la estupefacción del enjambre de curiosos que se agruparan pregustando la tragedia, le extendió resueltamente la mano y le dijo estas palabras, que sonáronle en la conciencia como rebencazos:

—¿Qué tal, amigo? ¿Cuándo va'ver a su hijito? ¡La pucha que había sido padre desamorao! Animesé, pues, y vaya cualisquier día d'estos a conocer al gurí. Yo le aseguro que no le vamos a chumbar los perros!

T I Z O N

El “linyera” está sentado en el piso duro y “abrujonao” del galpón, esperando al dueño de la estancia que anda de recorrida.

Desde el patio, cerco por medio, Tizón lo observa con el rabillo del ojo mientras “descañuta” pacienzudamente el cotidiano pollo, destinado a la cena de la “niña” Ruth.

Desde que vió llegar a ese hombre tan extraño, el negrito oscila entre el miedo y la curiosidad, entre las ganas de acercársele y el temor que le inspira su sórdida catadura.

Quisiera preguntarle muchas cosas que lo tienen verdaderamente intrigado: por qué anda a pie y sin poncho con semejante frío; qué guarda en ese fardo lleno de remiendos que ha traído a la espalda; cómo se anima a llegar solo a las estancias donde hay perradas bravas...

Tiene que ser muy pobre el hombre, pues sus ropas, más que tales, son un montón informe y descolorido de pingajos, por entre cuyos agujeros asoma a trechos la piel. Una piel rojiza como las patas de los teruteros, que impresiona profundamente al gurí. Aunque más todavía le impresiona aquella barba rubia y enmarañada que, entreverándose con el greñerío inculto, apenas si deja sitio libre para los ojos celestes.

—¡Atendé lo qu'estás haciendo, negro bocabierto! Crespa de furor y de bronquitis llega desde la cocina esa voz. Es doña Cirila, la caderuda y sebosa doña Cirila, que acaba de obsequiarle con uno de sus habituales piropos mientras se enjuga en el delantal las manos avejigadas.

Tizón, que harto conoce ya los pescozones de la vieja sirvienta, apura en lo posible el engorroso trabajo.

—¡Tratá de no dejármele ni un cañuto a ese bicho, muyinga! — agrega doña Cirila—. ¡Mirá que si la niña Rú yega a encontrarle alguno son mis orejas las que tienen que aguantar el resongo!

—¡Tamién es más idiosa la tal niña!... — piensa para sus adentros el negrito.

Y en voz alta, a la vieja:

—¡Pierda cuidado, ña Cirila! ¡Se lo viá dejar como talón de angelito!

Fastídale sobremanera la tarea impuesta. Y le avergüenza, además. Eso de "descañutar" pollos en el agua caliente es cosa de mujeres. Pero como él está en la estancia para lo que lo manden, de "pioncito de adentro", no tiene otro remedio que aguantar.

Y la vieja Cirila se aprovecha, es claro. Todo el santo día lo "varea" de un lado para otro sin darle un solo "alcecito", obligándolo a desempeñar menesteres de cocina. Y siempre bajo un rigor de pellizcos y de "bifes". ¡La muy tarasca!

Por fin parece que el "linyera" se ha fijado en él. Sorpréndese gratamente al enfrentar con la suya la mirada de esos ojos desteñidos, turbios, que semejan dos gotas de agua con añil.

Sólo en los ojos de los caballos viejos ha visto

el negrito una mirada así, tan mansa y blanda, tan dulce y melancólica. Acaso la haya visto también en los de algún perro enfermo, de esos que se echan a morir calladitos entre los yuyales. Pero en un hombre jamás. Las miradas de los hombres que él conoce son duras, frías, escrutantes. Lastiman o desnudan. Y si no, resbalan por las cosas sin verlas, con anodina inexpresividad.

Tizón ha esquivado siempre la mirada de los hombres. Siempre ha tenido miedo de esos ojos de pedernal, llenos de recelos y desconfianzas, que cuando no lo penetran en quemadura de brasa se le hincan hasta dejarle en el corazón una frialdad de témpano.

Por eso le asombra tanto ese temblor celeste que le viene de entre las barbas del "linyera". Y, sin saber por qué, le sonríe al astroso desconocido, con una sonrisa que abre en relámpago de nieve sus labios azulinos.

Y así salta de un asombro a otro asombro. Porque el "linyera" rubio ha sonreído también. Y su sonrisa es también llamadora y buena como el temblor celeste de los ojos.

Los deditos oscuros del niño empiezan a bailar febrilmente sobre la piel del pollo, en el afán de acabar pronto el fastidioso mondeo, mientras el corazón se le pone ágil y saltarán como una ardilla, hasta el punto de revolverle todo el pecho.

Es que está ardiendo en ansias de acercarse al "linyera" y de 'prosiarle' algo. Ya no le tiene miedo. Por el contrario, casi se siente su amigo. Todo por aquella mirada de añil líquido y por aquella sonrisa dulce y suave —caricias como de plumón de ave o

de ala de mariposa— que se han abierto directo, blando y fácil camino hasta su corazón de niño sin ternura.

—¡Aquí lo tiene al condenao, ña Cirila! ¡Limpito, limpito!

Y sin darle tiempo a la gruñona vieja de impartir nuevas órdenes, sale como una flecha en derechura al galpón.

Parado frente al hombre de los ojos celestes, no acierta con la palabra puntera, capaz de cuartearle el ansia de intimidad. Se lleva el índice a la boca y empieza a rayar en cruz el suelo con su áspero talón, endurecido por las heladas, las “mulitas” y los “siete-cueros”.

Hombre y niño vuelven a sonreír. Y esa nueva sonrisa saca garganta afuera la negada voz del negrito:

—¿Va pa muy lejos, don?

El “linyera” no entiende y se azora. También él parece un chiquillo. Un chiquillo al que, de pronto, le hubieran nacido arrugas, barbas y tristeza. Detrás del surquerío que han dejado a su paso por ese rostro los años y el dolor, acechan gestos pueriles, cantores que la vida encascaró a destiempo. Y acaso, más atrás todavía, aletea alguna añoranza de truncas rondas, blanqueadas de luna y nieve, en torno de quien sabe qué muertos abedules.

—Digo si va pa muy lejos...

Y Tizón repite dos, tres, diez veces la pregunta, acompañándola de un accionar alusivo, hasta que finalmente el otro, comprendiéndole, acierta a responder a duras penas:

—Brrrasil.

Después, con no menos esfuerzos, consigue hacerle decir el negrito otra palabra que revela su origen:

—Checoeslovaquia.

Y por último se entera de que lo que el caminante ha ido a buscar allí es algo que comer.

—Hambrre.

Aparte de esas tres palabras, nada más logra arrancarle Tizón a su primer amigo. Pero no importa. Se halla muy bien así, a su lado. Ya ni siquiera experimenta la anterior necesidad de hablar. Le basta con los ojos de añil aguado y la sonrisa dulce, ventanas por las que acaba de asomarse a un mundo desconocido.

Casi a la puesta de sol regresa el estanciero, precedido por la perrada acezante y escoltado por cuatro o cinco peones mugrosos y sombríos, que visten chiripá de arpillera y hieden a carniza. Sobre el lomo de sus caballos gotean aún sangre negra, pútrida, los cueros de epidemia.

Al ver al “linyera”, la estrecha frente del hacendado —que bordea sucia y ríspida pelambre— se arruga como un acordeón. Con ruda voz espanta el hombre a los perros, que enarcando el lomo y poniendo en descubierto los colmillos rodean ya al intruso, entre un coro de gruñidos hostiles. Luego indaga, seco, imperativo:

—¿Qué se le ofrece, amigo?

El otro agita los dedos pringosos a la altura de la boca y suelta otra vez, con lento arrastre de erres

que la hace aún más patética y terrible, aquella su primera palabra aprendida en español:

—Hambrre.

Tizón observa en tanto la caraza fosca y angulosa del amo. Tiene miedo de que éste no comprenda bien a su flamante amigo. Y a riesgo de una paliza se atreve a intervenir, aclarando:

—Patrón: dice que lo que li hace falta es un plato'e comida.

El estanciero alza su "lagarto" de azotera cruda.

—¡Como güelvas a meter tu cuchara te deslomo de un rebencazo, negro trompeta!

Y en seguida, al "linyera":

—Pues si tiene hambre vaya a comer a su país, ¡qué amolar! ¡Aquí no enyenamos la pansa a gringos!

Esas palabras carecen de sentido para el de los ojos de añil. Pero el tono agrio con que han sido pronunciadas y el ademán rotundo que las acompaña, revélanle, en cambio, que allí ya no queda nada que esperar.

Con la diestra todavía extendida hacia el camino lejano, el estanciero añade:

—¡Puede dir tocando, nomás!

En los ojos celestes se inmoviliza ahora una dureza mala, que desconsuela a Tizón. Y la sonrisa dulce se ha escondido también, de golpe, entre las rubias barbas arremolinadas, bajo las cuales truécase la boca en una raya fina y pálida, con algo de cicatriz.

El "linyera" echa al hombro su fardo misterioso, empuña el báculo grasiento y lleno de nudos y sale despacito, con el mentón caído sobre el pecho y las

largas piernas torpes, inseguras a causa de la fatiga. Parece un niño flaco y larguirucho que anduviera en zancos.

Tizón corre hasta la tranquera y se la abre con sus nerviosas manecillas hinchadas de sabañones, a tiempo que le dice:

—Que tenga suerte, don... Que tenga mucha suerte...

Las pupilas de añil caen otra vez blandamente en las de "cambuí" soleado del negrito. Y entre las revueltas barbas vuelve a aletear como una mariposa la sonrisa dulce.

Después, la mano rojiza y esquelética del hombre se posa unos segundos sobre las oscuras mejillas infantiles, a las que la sangre y la emoción iluminan desde adentro, dándoles una cálida tonalidad de cobre quemado.

El "linyera" parte. Tizón le acompaña con la mirada y el alma a través del campo ya en penumbra, por entre las manchas quietas de las vacas, que se han echado a rumiar su pasto y su melancolía.

La sonrisa amiga se le ha quedado en el pecho y le mariposea ahora, suavemente, sobre la flor inédita del corazón.

El viajero no llega hasta el camino. Se detiene a la orilla de un nutrido pital, mira a uno y otro lado, vacila...

Tizón se ha encaramado en uno de los altos postes de la tranquera para observarlo mejor. Lo ve depositar su hatillo en el suelo, hurgar en él un instante y luego tenderse largo a largo, cual si se dispusiera a dormir.

¿Irá a pernoctar allí, a la intemperie, sin haber comido nada, sin un jergón siquiera que lo defienda del frío?

Preguntándose todavía está el negrito cuando la noche llega a robarle la lejana imagen.

El sueño, su quitapenas de siempre, se niega por primera vez a acamparle en las pupilas. Acaso tiene miedo del barullo que le está haciendo dentro del pecho el corazón saltarín.

¡Tacatá! ¡Tacatá! ¡Tacatá!...

Revuélvese inútilmente entre los cueros. Abre los ojos. Los cierra. Se manotea las chinches que le corren por el cuerpo, buscando sitio propicio para el aguijonazo.

¡Tacatá! ¡Tacatá! ¡Tacatá!...

De la quinchita del añoso galpón ha empezado a descolgarse un verdadero enjambre de murciélagos, que revolotean lanzando sus chirridos ásperos, como de vidrios rayados a puñal. De tanto en tanto, alguno de ellos le roza la cara con sus alas varilludas, frías, repugnantes, y le deja incrustada en las narices su mohosa catina.

¡Tacatá! ¡Tacatá! ¡Tacatá!...

Afuera, lejos, un lechuzón hace tremolar su quejido largo y angustiador, semejante al lloro de un niño perdido en la noche. Los dormilones van y vienen sin descanso, a la caza de insectos voladores, emitiendo a ratos ese sonido extraño, brusco y cimbrante, que más que el grito de un pájaro se diría el zumbido de una vara flexible al azotar el aire. Los cerdos hozan

entre gruñidos el lodo del chiquero próximo, cuya hediondez llega hasta el galpón en anchas tufaradas, sobreponiéndose a los demás olores.

¡Tacatá! ¡Tacatá! ¡Tacatá!...

El sueño sigue arisqueándole a ese badajeo. Y de pronto, en el aire negro, pinta la alucinación al "linyera". Idéntico. Con las dos gotas de agua añilada temblándole debajo de las cejas. Y con la dulce sonrisa mariposeadora, por entre la que se escapa a cada rato la inconcebible palabra:

—¡Hambrrre!

Pero después, poco a poco, se sosiega el temblor, se estanca la sonrisa. Y el amigo va quedando quieto y estirado hasta la rigidez. Vuélvese lacio el remolino rubio de las barbas. Y en la piel color pata de te-rutero empiezan a dibujarse ramilletes cárdenos y azules...

Tizón ya no necesita del sueño. Ya no les tiene miedo a los rumores tétricos del campo. Ya no le arredra el enigma de la noche huraña, paridora de sustos.

Se incorpora y escucha. Aquí y allá, ronquidos estrepitosos. Todos los peones duermen a plomo de cansancio. Convencido de ello se levanta, echa al brazo su jergoncito raído y se va hasta la despensa en busca de provisiones.

Después, con la maleta bien surtida en el hombro, camina rumbo al pital donde la noche le quitara a su amigo.

Los golpes del corazón ya no le duelen. Ahora le sacan música del pecho, como de una guitarra.

MILICOS

Tras un día de cielo "alunao" y sucio, con intermitentes alambraduras de garúas oblicuas, ha cerrado sobre el campo una noche de negror impresionante, por entre la que galopa pertinaz un vientecillo sureño, de esos que hacen dar diente con diente y ahondan en la carne los agujazos del frío.

Acurrucados en un abra del pajonal, a cuyo abrigo se aprieta la majada aterida, los policianos encogen el cuerpo bajo los gruesos ponchos bayetudos. En vano han pretendido echar algún sueñito que acorte la inclemente noche. Ni "cuchilar" se puede culpa de ese aire glacial, que se cuela hasta los tuétanos.

—¡Qué lo tiró al tal pampero! ¡Ya me tiene los dedos como garrote!

—¡Y pa pior uno no puede ni pitar un cigarro, ni engambelar las tripas con un trago'e caña!

—¡Parece mentira, sargento, que usté, milico viejo y carpetero, no nos hayga dejao cargar una linterna!

El aludido, a quien las jinetas flamantes han endurecido de solemnidad, no se apea ya ni en broma de su papel de jefe. Acostumbrado a obedecer toda su vida, una vez que ha cogido mando se considera muy por encima de sus hasta ayer iguales en jerarquía, "saltos" y camándulas. Ahora él es el superior y ellos los

B U R B U J A S

subalternos, cosa que no pierde ocasión de destacar, olvidando las pellejerías vividas en común.

—¡No sea tan pioleta, guardia civil Rojas! —responde en tono áspero—. Ricuerde qu'el servicio es servicio y la deciplina deciplina!

—No es pa tanto, sargento. Al fin y al cabo todos semos compañeros...

—¡Si me sigue retrucando, a la güelta li hago encajar un arresto!

Calla el otro. Y allá en su fuero íntimo se consuela pensando que no lo hace por respeto al hombre sino al grado. Algún día él también ascenderá a sargento, y entonces no habrá de faltarle milicaje raso con el cual desquitarse.

En tanto su compañero Lamas, hombre con cierto mundo y cierta experiencia, escupe despectivo hacia un costado mientras reflexiona:

—¡Mandan juersa unas jinetas! ¡Si hasta cambeán de un día pal otro a un cristiano!

Al filo de la media noche empiezan a mochársele las espinas al sargento Céspedes. El frío y el sueño lo van emparejando insensiblemente a sus subordinados.

Ahora los tres están hombro con hombro, estrechándose más y más a cada instante en procura de calor, y ansiosos de que llegue el día para retornar a la estancia. Porque allá pasan una vida regalada, churrasqueando gordo, durmiendo a pierna suelta, y hasta saboreando algún que otro traguito de la "reservada"

que gasta el mayordomo. Si no fuera por las malhadadas rondas nocturnas, aquéllo sería un verdadero edén, en el cual se podría haraganear más a gusto y con más comodidades que en la mismísima comisaría.

Gime el viento al cortarse en las filosas pajas, cuyos cuchillos disimulan las tinieblas insondables. De la majada próxima sube un coro de balidos temblores y lastimeros. Ni siquiera una estrella agujerea con su ojo de plata el cielo acarbonado.

—¡Linda noche pa correr negros desnudos! — murmura Rojas, mientras se frota con ambas manos las entumecidas rodillas.

—No se ve ni lo que se conversa — añade Lamas entre dos bostezos.

—Lo mejor sería dirnos a dormir a las casas di una vez. ¿Qué loco va salir a robar ovejas con semejante tiempo?

—Eso mesmito'taba pensando yo.

Perdida ya por completo su engalladura, el sargento opta por terciar en la conversación.

—Tenían rasón ustedes —dice—. Jué una verdadera chambonada el no haber tráido con qué calentar las amargas.

Los milicos se codean y sonríen, burlones.

—¡Oigalé el duro, pues! ¿Ya principió don Chucho a trabajarlo a usté tamién, sargento? Pa mí que como está tan oscuro no le vido las jinetas.

—No es éso, ché hermano. Lo que hay es que don Chucho es muy gaucho y no le gusta andar haciendo distinguos.

—Bien puede ser, no más...

Céspedes aparenta no comprender lo que tales pa-

labras encierran de intencionado y zumbón. Estira con dificultad las piernas "cambuetas" y deja caer la barbilla sobre el pecho, con la esperanza de dormitar un poco. Pero los milicos se han propuesto fastidiarle de veras, aprovechando su ya completa blandura. Y a cada cabezada que da le sueltan un comentario chusco.

—'Tá picando, sargento. Y po'el tirón parece bagadú.

—Si facilita se li alsa con la liña, compañero.

—¡La maula! ¡Qué empacho'e pescao fresco que nos vamo'agarrar!...

Lenta pero seguramente, el sueño va apagando las palabras chanceras y el quejido del viento pinchador. La respiración de Céspedes se hace cada vez más profunda y sonora, hasta convertirse en un ronquido impresionante.

Sobre su cuerpo, ya del todo horizontal, encuentran cómoda almohada los otros policianos, en los que también el sueño acaba por acampar.

Una hora más tarde son tres las bocas que alternan sus ronquidos en la lóbrega noche, mar de tinta donde ha naufragado la jerarquía flamante del sargento Céspedes.

Súbitamente, un tropel repiqueteado y compacto despierta a la patrulla. La majada se está desgranando en tumultuosa fuga, a la que sigue el chillar de fatídicas "corujas" y la atronadora gritería de los teruteros.

La linterna de Céspedes, proyectada hacia el sitio de donde partiera el ruido, mete entre las tinieblas su

lengüetazo de luz. Y guiados por esa raya delatora atropellan los tres, el ojo atento y la mano en la empuñadura del revólver. Pero sólo alcanzan a ver una oveja a medio manear y un bulto que huye agachándose entre las matas de paja.

—¡Hag'alto! — ordena Céspedes, posesionado otra vez de toda su importancia.

En lugar de obedecer, el prófugo acelera todavía más su marcha.

—¡Paráte, hijo'e perra, o te reviento de un tiro!

Y sin aguardar respuesta a la nueva intimación, descarga su arma contra el hombre que huye. Los milicos le imitan. Uno tras otro alzan los fogonazos sus ronchones de luz.

Entonces el fugitivo adopta una resolución desesperada. Cambia bruscamente de rumbo y se interna en lo más tupido y alto del pajonal. Oyese por unos instantes el glú-glú que hacen sus pies al chapotear en el barro y en el agua pútrida. Después silencio. Un silencio profundo. Hasta el viento ha callado, como si se dispusiera a escuchar lo que allí acontecerá.

—¡Ahijuna! Se nos his'humo el condenao! — rezonga Céspedes—. Pero ande irá Marcos que no tope su rosiyo!

Y el ojo terco de la linterna empieza a hurgar mata por mata y charca por charca, develando la misteriosa negtura del bañado.

Paja, lodo y agua por doquier. Enormes sapos costrosos y repulsivos que huyen a saltos torpes, cegados por la luz. Babosas que encogen sobre el barro fétido su goma escurridiza, asqueante y dura. Arañas de cuerpo diminuto y largas patas ágiles, corriendo

por entre las natas verduzcas y el oscuro brocerío con que se recubre la podredumbre de las aguas muertas. Sanguijuelas que estiran sus ventosas frías y ávidas, ampollando la superficie blanda de aquellos cenagales. Y aquí y allá deslizamientos subrepticios, fuga de cuerpos invisibles, trémulos susurros que se alargan hasta el arcano y negro corazón del bañado, dejando en pos de sí un cuchicheo de pajas removidas.

A los milicos se les eriza la piel ante las sorprendidas apariciones y los repugnantes contactos con que les sale al paso ese mundo nocturno, hacia cuya intimidad más recóndita ha empujado el terror al hombre fugitivo.

Pajonal adentro continúa empero la búsqueda, tenaz e inexorable. Ahora son los "aperiases" que remueven su pánico en la honda madriguera. O los ratones colorados, que cruzan como saetas por entre las piernas de los perseguidores.

Pero la linterna no cesa en su relampagueo avizorador. Y la esperanza de algún otro ascensito picaña el ya desfalleciente brío del sargento Céspedes.

Detrás de éste avanzan los milicos soltando maldiciones contra la noche y el invierno, contra el barro y las alimañas, contra los ladrones de ovejas y la tozudez interesada del superior.

Al fin encuentran al prófugo, metido hasta más arriba de la cintura entre el aguazal lodoso. Es un negro viejo de la rancharía cercana, al que Céspedes y los suyos conocen bien. Domador de potros en su juventud, después peón galponero, luego milico como

ellos, ese negro vive ahora en una cueva sórdida, con una hija paralítica y tres nietecillos color barro ahumado, flacos como galgos. No obstante su pobreza, goza fama de honesto entre el vecindario, lo que hace que los policianos se sorprendan al reconocerle.

—¿Con que habías sido vos el uña larga? — le grita Céspedes, que es el primero en reaccionar —. ¡Pues aura verás con quién casó Caña Güeca!

Al negro le castañetea los dientes, no se sabe si por efecto del frío o del terror.

—¡No me castiguen! — implora —. Van pa cuatro días que no hay nadita que comer en casa. ¡Por eso jué que!...

—¡Hacéte el morrongo nomás, negro raspa! — interrumpe Céspedes —. ¡Si don Valentín ya perdió hasta la cuenta'e las caramoras que vos le has carniao!

—¡Yo no, sargento! ¡Le garanto qu'es la primera vez!

Y con voz entrecortada por hipos y sollozos, pónese a relatar sus peripecias, a detallar el proceso del hambre que lo obligó a delinquir. La hija, dura como un palo en la silla. Los negritos, escarbando la tierra en busca de raíces. El, sin trabajo, inútil ya por los años y las "quebraduras". El poverío de la vecindad, sin nada con qué ayudarlo. Y allí cerquita, tenándolo, las ovejas gordas...

Sus palabras conmueven a los milicos, que tosen o carraspean para disimular la emoción. Ellos saben cómo es la vida en ese puñadito de ranchos que motea de negro la llanura inmensa. Han visto nubes de gurises pelearse por los macachines o los tallos de hinojo del camino real; han visto la rueda muda que

estrecha cada noche el infortunio en torno a los fogones apagados y a las ollas vacías; han visto a niños casi en cueros, tiritantes, disputarse el regazo sin calor de las madres desesperadas, que con tal de poder nutrirlos quisieran que la sangre se les volviese leche y pan el corazón...

El sargento Céspedes también ha visto todo eso en sus recorridas por el pueblo de ratas. Oyendo las palabras trémulas del negro, revive su pensamiento pavorosas escenas. Y allá en la hondura turbia de su alma, surge por un instante la duda. Acaso ese pobre viejo no es culpable, sino víctima de algo que no alcanzan a descubrir sus rudas entendederas. Acaso la justicia no consista en apalearlo y meterlo en un calabozo, sino en darle de comer.

Hasta le tientan unas ganas extrañas de decirle que se vaya con la oveja, que al fin y al cabo su dueño, entre tantas, no la va a echar de menos.

Pero todo aquéllo es un relámpago apenas, que nada puede contra sus diez años de sable, contra la embotadura de la rutina seca, incommovible.

Enarbola el machete, lo deja caer con fuerza sobre la espalda inerme, y entre golpe y golpe, grita:

—¡Marchá, negro ladrón!

L A. Z O R R A

Por el angosto ventanuco que da al patio del le-nocinio, la mujer deja escapar sus ojos hacia la noche, estancada en una melancolía contagiosa.

Es tarde ya. Todo el villorrio duerme envuelto en un silencio espeso, que hiende de rato en rato el ladrido de algún perro sabático o el quejumbroso lenguaje de los gatos en celo. Arriba, el cielo parece meditar. Parpadean las candelas azules de sus estrellas, perforando la negrura del interlunio. El aire, limpio y fresco, secretea con el buido follaje de los álamos.

La mujer siente en su rostro la caricia de la noche, que le trae una fragancia suave de saúco y paraíso.

¿Cuántas horas hace que está inmóvil allí?

No lo sabe. Perdió la noción del tiempo. Ella se siente tan bien cuando está sola, cara a cara con la noche!...

Y no es que éso la haga feliz. Por el contrario, sufre. Se le despiertan ciertas añoranzas que le hacen mal. Pero siquiera así se ve libre de esa atmósfera in-noble donde se gastan sus días. Siquiera así le es posible llorar, enternecerse, disponer por un rato de lo único que es verdaderamente suyo: su dolor.

En cambio allá, en el "salón", es preciso mostrarse alegre, bailar, instar a la clientela a que pague

B U R B U J A S

el copetín que hay que beber sin ganas, festejar las bromas sucias y soportar los lúbricos manoseos de los borrachos.

Así lo exige a sus "pupilas", la dueña del prostíbulo, porque ello es imprescindible para la buena marcha del negocio.

¡Qué inmundicia! Ella no ha podido adaptarse, a pesar de los seis meses que lleva en el "trabajo". Le queda todavía algo de mujer. Le queda el baluarte íntimo de su sensibilidad, su inocencia y su pureza de alma. Y defiende con amor ese refugio, temerosa de que él también se haga permeable al cieno que mancha su pobre carne.

Pero sólo los sábados puede sentir el alivio de esos momentos de soledad. Porque los sábados no "recibe". Tiene esas noches vendidas de antemano. Desde las doce hasta el alba, su cuerpo es propiedad del comisario del pueblo. Y ese personaje acostumbra a presentarse dos o tres horas después de la estipulada en el convenio, porque no le gusta que lo vean llegar al "quilombo".

¡Es claro! La importancia de su cargo.... Su condición de hombre casado... Le quedaría muy mal dejarse ver. Daría lugar a comentarios que perjudicarían su intachable reputación moral.

Apenas suenan las doce, la Zorra se encierra en su pieza. Finge acostarse. Apaga la luz. Y luego se acoda sigilosamente en el ventanuco y da suelta a su intimidad.

¡Qué alivio tan grande experimenta entonces! ¡Cómo se entiende su tristeza con la bondad callada de

la noche! Son dos lutos amigos, dos silencios afines que se identifican en la soledad.

¡Si él no fuera esa noche!... ¡Si pudiera alargar su libertad hasta el alba!... ¡Pero qué ha de poderlo! El llegará de un momento a otro. Sentirá el crujir de sus borceguíes claveteados en los guijos de la calle. Y habrá que cerrar de prisa el ventanuco y deslizarse en la cama para que no la sorprenda levantada. Y esperar así a que llame —tres golpes espaciados— para saltar de nuevo al suelo, encender la pequeña lamparita a kerosene y correr a abrir la puerta, bostezando y restregándose los ojos.

Porque aquel hombre es un bruto celoso e irascible. Si la encuentra de pie creará que estaba con otro. Y la golpeará sin lástima, como ya lo ha hecho más de una vez. La golpeará hasta verla chorreando sangre de boca y de narices, para que sepa que él no está dispuesto a tolerar los cuernos.

Habrà que fingir, pues. Y recibirlo risueña y cariñosa. Y soportar sus baboseos, su concupiscencia repugnante, la convulsión bestial de sus orgasmos.

La "madama" le ha encarecido muchas veces que lo trate lo mejor posible. Y ella no tiene otro remedio que obedecer. Harto se da cuenta de que ese hombre es un canalla, que aprovecha su condición de funcionario para ejercer sobre las mujeres del burdel una odiosa tiranía. No paga jamás las "visitas" ni los coquetines. Y hasta tiene la desvergüenza de explotar en beneficio propio aquel comercio vil. Todas las semanas, invariablemente, "tira su coimita": cinco pesos por cabeza.

¿Pero qué se va a hacer? Es preciso tolerarlo y mostrarle siempre buena cara para que esté satisfecho.

De lo contrario les privaría los bailes y el expendio de bebidas alcohólicas, gangas que ayudan a sostener el negocio. Ellas no pueden, pues, en modo alguno, malquistarse con hombre tan importante.

La Zorra sigue inmóvil, contemplando la noche. El olor a yuyos de los baldíos cercanos le trae la visión del campo donde transcurriera su niñez.

¡Qué lejos está ya todo aquello! A través de la niebla de los días muertos lo ve impreciso y borroso, como un paisaje desleído en el crepúsculo.

¡Ah, la vida sana de entonces! ¿Cómo es posible que sólo sea un recuerdo ya?

Evoca el pago distante, las lomas dilatadas, el monte amigo, con la bullanguera alegría de sus colmenas y la gracia silvestre de sus nidos. Revive la limpieza de los amaneceres, sonoros de alas y de trinos; las tardecitas pensativas, cargadas de balidos soñolientos; y las noches tibias y quietas, con sus bichos de luz mintiendo estrellas.

Su rancho se alzaba allá en el fondo del Rincón del Sauce, a una legua "brasileira" de "Los Talas". Humilde amasijo de barro, totoras y ripias, escondía su modestia en una lujuriosa ligazón de madre selvas y burucuyás, que ataviaban con floreado rebozo sus paredes pardas.

Tenía tanto miedo al pampero como amor a los pájaros. Para evitar los "rempujones" del primero, había se agazapado tras una compacta fila de coronillas, fortachos celadores que sujetaban al enemigo en sus brazos espinosos. Y para atraer a los segundos, buscó la vecindad del monte y puso en su patio la tentación de un ombú.

Al igual que sus dueños, era despreocupado y generoso. Dejaba que los yuyos se acogieran a su sombra buena. En los días de lluvia, ofrecía a los chin-golos la amistad protectora de su alero. Poseía la sencillez hospitalaria de los horneritos y la abúlica melancolía del buey.

Viéndole tan pequeño, la cerrazón se complacía a veces en borrarlo del paisaje. El sufría sin protestas ese amago de muerte. Y cuando el sol, su viejo y leal aparcero, lo dibujaba otra vez sobre la loma, su contento se desgranaba en gotitas irisadas, que perlaban su quinchá y horadaban el silencio acurrucado en el patio. Y regustando la alegría de vivir, abría de par en par sus puertas para sorber ávidamente el día.

Era supersticioso y cándido. Creía de buena fe en los nocturnos aquelarres de las almas en pena. Cuando un martes o un viernes finaban en noche espesa, sin pizca de estrellas, bastaba el gañir présago de un perro para erizarle de leyendas los recuerdos. Cien historias agrandadas de tiempo, coruscantes de luces malas, estremecidas de proteicos lobizones, narraba el viento a su quinchá, despeinada de miedo. Y un largo escalofrío le recorría el mojinete, temblaba en sus puertas y castañeteaba en sus flojos aldabones. Y el terror estiraba hasta el veril del alba sus desvelos asombrados.

Avejentado a rigor de inviernos crudos, cada primavera le brindaba el milagro de un remozamiento.

Aquéllo lo volvía presumido. Encendía claveles del aire en el verdín de la solera. Atraía "mangangases cristos" con la "pasión" de sus burucuyás. Y nevaba sobre la epidermis azul de las mañanas el ampo fragante de sus madre selvas.

Entonces se enjambraban sus días de jubilosos ruidos. Zumbos de avispas laboriosas; lija de chicharras en el estuoso plomo de las siestas; musiquero de cardenales con los que el ombú se pintaba desde el amanecer; fanfarria de horneritos, alfareros agrestes que esturgaban el barro de sus nidos con paciencia y amor...

Y por las noches, le hacía una "pierna" a la luna, que invitaba a soñar.

Dormíase muy tarde, después que los sapos se habían aburrido de hacer gorgoritos en la paz de los campos, y los sigilosos dormilones, cansados de sus atisbos selenares, sosegaban las alas "batarasas" en los repliegues más cordiales del monte.

En ese rancho, al que su ingenua fantasía de niña había dotado de alma, deslizáronse alegres sus primeros años.

Entonces ella se llamaba María, y tenía un padre y una madre que compartían sus más pequeños júbilos y acongojábanse ante sus tristezas más pueriles.

¿Cómo pudo acabar aquella vida?

Recuerda el primer dolor: la muerte de su padre. Aún le parece ver sobre la mesa el cuerpo rígido, vestido con las ropas más nuevas; las viejas compungidas que se santiguaban al entrar al rancho; el pariente encargado del velorio, con su golilla negra y su contagiosa expresión de abatimiento; la negra patizamba que de rato en rato despuntaba los pabilos de los cirios; las vecinas comedidas, que acudían a su madre con el sávido té de toronjil...

Vuelve a sentir la desolación de aquella tarde lluviosa que se llevaron al muerto. Oye el chirriar del carro que conducía el ataúd. Ve el pequeño cortejo

de hombres a caballo, todos ellos chacareros de manos zanjudas y bronceño rostro, aplanados por un silencio grave y fatalista.

Nunca ha podido olvidar el grito de su madre cuando la separaron a viva fuerza del féretro. Ni su mutismo de los días posteriores, que hacía más negro el luto de sus vestiduras.

Después la miseria. Hubo que hipotecar la chacrita, que pasó a poder del dueño de "Los Talas", un brasilerero acaramelado y relumbroso, tan gordo, que parecía que iba a reventar por los carrillos de un momento a otro.

Luego su madre tuvo que entrar de cocinera en la estancia. Y allí cayó ella una tarde en los brazos del patrón.

¡Qué asco experimenta al recordar la escena! ¿Cómo pudo entregarse a aquel viejo libidinoso y sucio, de hidrópica panza, cuyos agrios eructos le causaban náuseas?

No logra explicárselo. No lo ha logrado nunca. Recuerda el asedio grosero, las miradas lascivas que la desnudaban, la melosa jerga bilingüe del repulsivo personaje. Ella rehuía su presencia, sus taimados manoseos, su asqueroso tufo a "cachaça", sus embestidas bestiales de toro enardecido. Pero aquella esquivez parecía acicatearlo porque tornaba nuevamente al asalto, más rijoso y bestial.

Hasta que llegó ese instante en que no pudo resistirle. Fué un desfallecimiento extraño de la voluntad, una aquiescencia instintiva de su carne, bruscamente despierta.

Y luego la reacción, el asco, la protesta de su cuerpo joven contra el fétido abrazo de aquella adiposidad.

Más tarde, en los meses de vacaciones, fué el hijo del patrón el que gustó su lozanía carnal. Pero a ése sí lo quiso con toda su alma cándida. Era joven como ella, y fuerte, y arrogante. Recuerda cómo su pecho se enfloraba de ternura cada vez que él la miraba, qué languidez tan dulce le producían sus besos, cómo se embelesaba ante su sola presencia.

Nunca más le fué dado querer como entonces.

Pero él no se apercibía del prodigio de amor que había provocado en aquella vida humilde. Estaba demasiado lejos de su corazón. Lo separaban de ella torpes prejuicios de clase, diferencias de posición y cultura. Interesábale solamente la primaveral lozanía de su cuerpo. Era el suyo un afán egoísta de placer, un mero impulso fisiológico que nacía y moría en la pelvis.

Y cuando retornó a la capital, se borró de su vida aquella muchacha crédula que entretuviera sus ocios de estudiante.

Ella lloró largas noches la derrota de su ilusión. Después, al sentir en sus entrañas el latido del hijo, hubo en su alma como un reverdecimiento de la esperanza.

Pero el patrón, enterado de su gravidez y creyéndose causante de ella, despidió a la madre y a la hija, para evitar suspicacias de su mujer y verse libre de responsabilidades.

Y fueron las dos al pueblo, a sucucharse en un rancho miserable. Y llegaron los torvos días de priva-

ciones y angustias, el alumbramiento, la muerte del pequeño. Luego la tisis que condujo a su madre al hospital, y el hambre que la empujó a ella hacia la mancebía.

Allí la despojaron hasta de su nombre. Uno de esos mozos alegres y ocurrentes que nunca faltan en los lupanares, encontró el mote adecuado a su carita alargada, sus ojos dulzones y su andar suave y calmado: "La Zorra".

—Se hace la boba pa pasarlo bien, muchachos. Es una verdadera zorra la canaria ésta.

Y el mote se adhirió a su vida con esa facilidad con que siempre se aglutinan los apodos sobre las prostitutas.

Seis meses hace que vive de su asco. Ahora come dos veces al día, tiene vestidos de seda, usa perfume y polvos de los que gastan las más encopetadas señoritas burguesas. Y puede enviarle todas las semanas algunos pesos a la madre enferma.

Sin embargo se siente más sola, más desgraciada, más esclava que nunca. Porque ahora ya no le pertenecen ni sus propios espasmos.

¡Qué vida más puerca! ¿Cómo es posible que existan en el mundo semejantes miserias?

En el silencio de la noche amiga, la Zorra sigue acariciando el fantasma de María. Porque María está muerta, sí. Es su espectro el que se levanta entre la niebla del pasado, removida por la evocación. Es tan solo su recuerdo lo que perdura, escondido en el alma atormentada de una meretriz.

Suenan en los guijos de la calle los claveteados

borceguíes. La Zorra seca de prisa las lágrimas que resbalan por su cara, cierra cautelosamente el ventanuco y se desliza a tientas en el lecho.

Arriba siguen ardiendo los ángeles del cielo. Pero el dolor de abajo necesita otra clase de señales.

D O R O T E O

Revisada la última aripuca, tomó recuento de las piezas cobradas. Cuatro palomas grandes, relucientes de gordas, y dos alborotadoras gallinetas de ojos rojizos y plumaje tornasol.

Así daba gusto el oficio. Seguramente el inglés del chalecito le pagaría un real y medio por cabeza.

Hizo la suma a dedo.

—Nueve riales clavaos. Y con el que me debe la boticaria por el pichón de cardenal azul, podré redondiar el peso.

Le relampaguearon de júbilo los ojillos, oblicuos y negrísimos.

—¡La fresca! ¡Un peso es un platal bárbaro!

Con cáscara de “embira” ayuntó por las patas las azoradas aves. En tanto, hacía proyectos:

—Le yevo unas pastiyas de ocalito a don Serapio, el pobre, que anda tan amolao de la tos; le pago al Meyao el vintén que m’emprestó los otros días; y a tía Mariana le regalo una rosca con grasa, de las grandes. Con lo que sobre me compro una linda breva y un trompo colorao, pa rayero.

Aquella distribución le pareció muy bien. Mucho mejor que darle el dinero al tío Saturno, el cual, como de costumbre, se lo chuparía de caña en el boliche. Total, la paliza era segura de cualquier manera, por-

que el tío, cuando se floreaba, lo tullía a rebencazos con motivo o sin él. Mejor sería, pues, que dispusiera a su antojo de aquel peso.

—Al fin y al cabo, yo me gano la plata con mi trabajo.

Y decidido, buscó la salida del monte.

*

* *

Doroteo era huérfano. Hijo de padre desconocido, fué lo único que su madre dejó al morir, entre un cajón lleno de moscas y de trapos sucios que hacía las veces de cuna. De allí lo recogió, a regañadientes, el tío Saturno, en cuyo rancho enclenque y negro había vivido desde entonces. Una vida nada envidiable, por cierto. Jamás una caricia. Nunca una palabra dulce. Mucho garrote, eso sí. Mucho más garrote que pan.

Menos mal que desde muy pequeño tuvo libertad, porque el tío, que era peón ladrillero, se pasaba los días cortando adobe o acarreando leña para los hornos, en tanto que la mujer, en el arroyo, lavaba de sol a sol.

Al principio lo dejaban encerrado en el rancho, dentro del cajón mugriento. Para distraer el hambre, dábanle una mitad de galleta dura que sus ávidos dientes de leche roían sin gastar, y que además reemplazaba los imposibles juguetes.

Más tarde, la tía Mariana comenzó a llevarlo consigo al monte, para que le juntara charamuscas y le cebara el mate dulce.

Poco a poco fué sustrayéndose a su vigilancia, ya para perseguir un pájaro entre la maleza, ya para ramear algún camoatí o darse algún atracón de frutas agrestes. Hasta que al fin la mujer, cada vez más cansada y más hundida en sí misma, acabó por preocuparse totalmente de él.

Desde entonces, Doroteo se sintió muy otro. El monte era su mundo. Gustábase tirarse bajo su árbol favorito —un gigantesco tala de gajos retorcidos y copa llena de música— y estarse allí las horas perdidas, oyendo el familiar lenguaje del pajarerío, aspirando a sus anchas el pegadizo olor del humus y las ásperas emanaciones vegetales.

Allí se le licuaban las cerrazones de adentro. Borrábanse de su vida, como sombras de pesadilla tocadas por la luz solar, todas las cosas amargas que le atascaban el pecho: la visión del rancho sórdido, la cara cerduda y angulosa del tío Saturno, los ojos ovejunos de la tía Mariana...

Sin que acertara a explicarse la razón, cada vez que percibía el olor de la tierra negra, fresca y blanda del monte, pensaba invariablemente en su madre. Imaginábasela con distintos rostros. Los rostros de las mujeres del pueblo cuyos rasgos más le habían impresionado. El de la hija del Juez, que era oval y blanquísimo; el de la cuñada del escribano, que lucía unos tremendos ojos verdes y húmedos, como de menta; el de la maestra nueva, que a ocasiones solía sonreírle con su carnosa boquita en forma de corazón. Pero ninguna de aquellas caras le servía. Más bien debía parecerse la finada a la estampita de la Virgen que, sujeta al rollizo cuello por una delgada cadenita

de oro, ostentaba la boticaria sobre sus mal velados y descomunales senos.

—Mama tiene que haber sido lindasa. Cuando yo sea grande me viá buscar una novia parecida a la Virgen, como eya...

Desde que supo que el inglés del chalecito comía pájaros, Doroteo llenó el monte de aripucas y cimbras. El inglés le compraba cualquier bicho: lo mismo una ratonera que un carau, lo mismo un chinchibirre que una viudita o que un pato bagual.

¡Hombre extraño aquel gringo! Coloradote, pecoso, con ojos de un celeste frío y duro, como de vidrio, y pelo del mismito color que la barba de los choclos tiernos. Siempre andaba con el cachimbo atravesado en la boca de bagre, haciendo rayas rojas y azules en unas cartulinas grandotas. Jamás abandonaba el minúsculo chalet, pintado de un gris paloma, y cuya construcción él mismo dirigiera. Salvo cuando algún estanciero ricachón, de aquéllos que tenían plata hasta en las espuelas, iba a requerir sus servicios de agrimensor. Entonces se ceñía las polainas amarillas, encasquetábase la gorra de hule y salía tras el cliente, con sus mojones y sus banderines bajo el brazo. Los muchachos del pueblo aseguraban que era lobisón y que todos los martes y viernes, a media noche en punto, transformábase en un animal espeluznante, una especie de perro con cuernos de carnero y con pezuñas de cerdo, que echaba chispas pos los ojos y el hocico. Pero Doroteo no le tenía miedo. Don Serapio, el pescador, hábale dicho cierta vez que los lobisones no existían. Y para él, la palabra de don Serapio era como la de Dios. No porque fuese su amigo, no, sino

porque aquel viejecito tembleque y esmirriado sabía una barbaridad de cosas. Cuando muchacho había rodado en grande. Y, como él mismo lo afirmaba, “pa conocer el mundo hay que rodar”.

—Figurate que yo m'e recorrido el país de punta a punta y he sido de todo un poco. ¡Hasta milico, qu'es lo peor que puede haber!...

Doroteo lo admiraba y lo quería de veras. Trabaron relación en el monte, donde el viejo se pasaba los días enteros —y en verano hasta las noches— esperando que aquel arroyo flaco y cangrejudo le trajera alguna tararirita entre sus aguas lerdas.

Poco a poco, la compañía del pescador se le fué haciendo imprescindible al gurí. Mucho más que la de los otros arrapiezos de su edad. Una cosa necesaria, como el comer y el dormir. ¡Y cuidado con que alguno se atreviera a mofarse del compañero en su presencia! Hasta al mismo “Meyao”, que era entrañado y madrugador como él solo, le coloreó las narices cierta vez que se hizo el chueco para remedarlo. Desde entonces, lo respetaba todo el chiquillerío.

Claro que él no le habló de su hazaña a don Serapio. Pero esa misma tarde el viejo, como si la supiera, le palmeó suavemente la espalda mientras murmuraba con voz transida de afecto:

—¡Qué compañerazo había sido este Doroteo! Con hombres como usted, amigo, la vida sería otra cosa.

Al muchacho se le aguaron los ojos. Pero, al mismo tiempo, sintió que un torrente de viril orgullo le rebosaba el pecho.

No pasaba día sin que se encontraran. Doroteo

preparaba tempranito sus trampas y se iba a recorrer los puertos en procura del amigo. Si llegaba a tiempo, le encendía el fuego y le calentaba la tiznada calderita de hierro. Si en la bolsita del viejo no lo había, dejaba en ella, como al descuido, la mitad de su pan diario, ex profeso reservada para tal emergencia.

Conversaban largo o estaban horas en silencio. Según. De cualquier manera, era lindo estar juntos. Cuando don Serapio andaba de buen talante, poníase a narrarle cuentos. ¡Qué de historias sabrosas y emocionantes salían de aquella boca “desportillada”! Todas “positivas”, al decir del narrador. Todas de un tiempo en que la gente no conocía el hambre, como ahora. Tiempo de campos abiertos y de ganado orejano, en que donde quiera se podía voltear una res gorda sin que nadie anduviese con reclamaciones.

—En aquel entonces, pa encontrar un alambrado había que caminar leguas y leguas.

Doroteo prefería los relatos de matreros. Entusiasmábale la vida cimarrona y brava de aquellos hombres. Se le corporizaban en la imaginación, bien montados, rampantes y agalludos, enfrentando con igual osadía una partida de milicos que un yagueté. Veíalos incrustarse en el hondo corazón de la noche, y reaparecer sobre la frente chumba del alba, y arder en la llama vertical y madura de los mediodías. Con los trozos oxidados de aquel bronce inútil, oloroso a leyenda, que exhumaba de su memoria el viejo, reconstruía Doroteo las estampas másculas. Hombres con dimensiones de dioses, en cuyos pechos sin miedo ca-

bían todo el misterio del monte, toda la grandeza del campo y toda la esparcida libertad del cielo.

—Digamé, don Serapio: ¿usté nunca jué matrero?

—¡Di ande, m'hijo! En mis tiempos ya no se matreriaba.

—¡Qué lástima, no?

—Eso es asigún se mire. Puede hasta haberme resultao una suerte.

—¿Y contrabandista tampoco jué?

—Contrabandista sí. Cuatro años largos. ¡Bastante plomo'el Estao los hice gastar a los guardas!

Y brotaban copiosos los recuerdos. Como regresados a la perdida lozanía, los mortecinos ojos del narrador escintilaban entre la pelambre ceniza. Y su endeble cuerpecillo se agigantaba en la admiración de Doroteo, que llegaba a equiparlo a los contrabandistas más mentados del contorno: los Mota, los "Guinises", los Cuitiño, y hasta el mismísimo Alaniz.

—Lástima que dende que me baliaron en la cadera quedé inútil pal cabayo.

Ahora Doroteo se imaginaba a sí mismo, con un buen máuser y un buen poncho patria, correteando milicos por las llanuras o echándose a las picadas con sus cargueros, entre un infierno de balas.

—¡Vida linda tiene que ser, mismo!

Cuando él se hiciera hombre, contrabandearía. Estaba decidido.

—Antes que ser pión d'estancia o changador...

Pensaba en los braceros de la ranchería, todos ellos cinchadores, guapazos, prontos a apechugar "lo que cayera", y sin embargo siempre rotos, mal co-

midos, quejándose y maldiciendo su suerte. ¡Como para no arisquearle a semejante vida!

Sería contrabandista, sí. Era un oficio más macho y más rendidor.

Oyendo sus proyectos, don Serapio bromeaba:

—Pa entonce' sí que viá pitar güeno y barato...

—Tá visto, pues.

Le traería de todo al compañero. Grasa "probada" y esencia maravillosa "pa los refriaos", rapaduras, ticholos, miel de caña... Lo que don Serapio quisiera. ¡No faltaba más!...

Y sólo al pensarlo, sentía Doroteo que se le ensanchaba el corazón de gozo.

*
* *

No le fallaron sus cálculos. El mister tomó el peso a las aves, les sopló las plumas para cerciorarse de si estaban bien gordas y "lascó" sin regateos los nueve reales.

Con el puñado de níquel en la mano, corrió Doroteo a la farmacia. Luego que hubo ajustado cuentas con la paquidérmica dueña, adquirió una latita de pastillas de eucaliptus.

—¿Usté me garante que son buenas pa la tos, doña?

—Especiales, chico. Lo mejor que se fabrica.

Satisfecho, se encaminó al almacén en busca de los trompos. Pero durante el trayecto cambió de parecer. Mejor sería comprarle piola de pescar a don Serapio.

—Las liñas del pobre ya no sirven pa nada. "Tán podridasas y purito ñudo.

Apartó el vintén para el "Meyao" y el real para la rosca de la tía. Aquello era sagrado. Al resto lo volcó en el mostrador.

—Déamé toda esta plata'e piola p'aparejo. De aqueya entrefina que tiene colgada ayá.

Rumbo al cuchitril del amigo, iba imaginando el alegrón que le proporcionaría con el doble regalo. Y también las consecuencias de su desprendimiento.

—¡Flor de tunda me va'encajar tió Saturno si yeg'a descubrirme!

Atardecía de prisa. El cielo invernal, bajo y encapotado, parecía aproximarse cada vez más a la tierra. Comenzó a soplar del Sur un vientecillo porfiado y entrador que le transía las carnes mal abrigadas, obligándole a acelerar el paso.

—¡Qué lo velen al airecito éste!

El rancho de don Serapio estaba como acurrucado entre un yuyal espeso. Era más pobre y enclenque aún que el del tío Saturno. Ahora, en el crepúsculo, con las varas descubiertas como costillas, se asemejaba a un esqueleto gris.

Tres días hacía que don Serapio no iba al monte. Con el retorno de los fríos, se le había embravecido la maldita tos, cuyos golpes acabaron por clavarlo en el catre de tijera.

Doroteo irrumpió en la covacha como un bólido.

—¡Mire, don Serapio! ¡Mire! ¡Le traigo pastiyas de ocalito! ¡Dice la boticaria qu'es como con la mano!

Y agitaba una y otra vez la latita, cual si fuese un sonajero.

Pero el viejo se quedó callado. Sin moverse. Sin toser siquiera.

Doroteo avanzó temblando hasta el catre, casi borrado ya en aquel rincón del que empezaba a levantarse la noche. Poco a poco, su mirada de halcón atravesó la penumbra. Allí estaba el amigo. Tieso. Inmóvil como una piedra. Los dedos agarrotados en el traperío. Las barbas erectas como chuzas. La boca torcida y entreabierta, manando un silencio negro...

Doroteo sintió que el corazón se le ponía de plomo, frío y pesadísimo. Parecióle que la noche entera, brotando de aquel rincón fatídico, se había echado sobre él, y lo aplastaba. Cayeron de sus manos los regalos inútiles. Y de sus ojos comenzó a fluir un llanto amargo, desolado, interminable. Un llanto que no había llorado nunca, ni cuando se magullaba las encías con la galleta dura, ni cuando el tío Saturno le bordaba las nalgas a lonjazos.

Era el primer llanto de su corazón, ahora sí definitivamente solo, definitivamente huérfano.

CONTRABANDISTAS

Junto al pequeño fuego, que es como un ojo de lechuzón abierto entre la espesura del monte, los contrabandistas esperan que se esconda la luna para ponerse en marcha.

Un mate ya cansado pasa de mano en mano, de silencio en silencio. La noche está serena y honda. El aire duele de tan frío. Los ponchos, duros de escarcha, suenan como pesados cueros a cada movimiento de sus dueños.

Para poder liar un cigarro, Mario tiene que frotarse ante la lumbre los dedos agarrotados.

—¡Flor d'helada'stá cayendo! — dice.

Nadie le contesta. Apenas si el pardo Ríos manotea la "linterna" y tras de pegarle un beso se la alcanza. Mario la empina con avidez. Esteban hace otro tanto. Don Faustino, en cambio, rechaza el convite con un breve movimiento de cabeza.

—Préndale un traguito, viejo. Mire que a falta de una cama con costiya, ésto es lo mejor qu'inventó Dios pa correr chuchos.

El otro reitera su negativa sin palabras. Mario tiene ganas de chucearle el amor propio con alguna pulla gruesa, de hacerle abrir la boca aunque sea para que le suelte una "rociada". Pero consigue sofrenar la palabrota que ya puertea en sus labios. Don Faus-

B U R B U J A S

tino es un hombre entrado en años, que merece respeto. Y un compañerazo, además. Lo estima profundamente, como estima también a los otros. Pero es que no puede habituarse a ese silencio con que ellos se emponchan la intimididad.

Callados y atisbando viven. Ni la rudeza de las largas jornadas, ni la fatiga, ni el sueño, les arrancan más palabras que las estrictamente necesarias. Mario sabe que es cosa del oficio, más útil que el coraje y tan indispensable como la paciencia.

—Contrabandista y mujer, cuanti más cayaos mejores.

Verdad grandota, madurada en la experiencia de don Faustino. Aunque así lo reconoce, no consigue acostumbrarse a sujetar la lengua. Es demasiado bisoño todavía. El silencio de la noche y los hombres le enerva, le fastidia, y por momentos le acometen ímpetus de romperlo de cualquier manera. A carcajadas, a gritos, o a balazos si se cuadra. En tales ocasiones, hasta le gustaría que se les fuese encima la milicada, escupiendo fuego y plomo por la boca negra de las "garabinas", para poder liberarse del insoportable mutismo.

Le pega otro "viaje" a la caña y se queda soslayando con disimulo los rostros curtidos, inmóviles, casi hoscos de sus compañeros.

—Tiene razón el viejo — piensa—. Lo más bravo es aprender a'star cayao.

A don Faustino se le acordó tácitamente el comando. Es el más viejo y el más "baquetiao" de todos. Quince años de brega, sin haber perdido nunca un carguero ni haber tenido que untarle la mano a ningún

guarda, justifican el ascendiente que ejerce sobre el grupo. Esteban y el pardo Ríos saben también lo que tienen entre manos. El único novato es Mario, muchachón de veintiún años, de alma lisa y abierta como la llanura.

Mario se hizo contrabandista "porque le andaba sobrando la vida", al decir de sus compañeros. Sabía del prestigio másculo que da en el campo ese oficio, y a ganarlo para sí lo impelió su espíritu sin ataduras.

Los otros, en cambio, habíanle adoptado tan solo como un medio de procurarse el sustento, harto duro y peligroso, sí, pero más rendidor que talar montes, o cuidar hacienda ajena, o desaguacharse roturando tierras que nunca serían propias. Contrabandeaban por necesidad, no por conquistar credenciales de machismo. Si había que pelear pelearían, sin duda. Cualquiera de ellos tenía agallas bastantes para enfrentar a los guardas ventajeros o al milicaje de mano larga, conciencia negra y máuser "ferruyento". Empero, evitaban a fuerza de astucia y tretas las topadas. No hacían jamás dos viajes con el mismo itinerario, ni acampaban dos veces en el mismo sitio, ni vadeaban dos veces los arroyos por la misma picada. Amagos, marchas falsas, rastros enredados. Y un continuo estar alerta, durmiendo a lo terutero. Y un silencio de muerte cruzando de orilla a orilla las noches, pantanos negros donde parecía peludear el tiempo, lerdo buey sin destino.

Antes del año, Mario ya andaba con intenciones de "abrirse", de "ladiarles el matungo" a sus socios. Aquellos hombres no eran lo que imaginara de gurí. Ni aquella vida tampoco. Para aguantarla se precisaba

un coraje distinto al que él había supuesto: el coraje tenaz y oscuro del labrador en la melga, del tropero en la ronda invernal, del monteador frente al árbol cernudo, que mella el hacha y "embrujona" de callos las manos antes de caer.

*

* *

La luna oculta al fin su amarillez de icterica. El monte parece entonces crecer, llenar la noche con su presencia hinchada de misterio. El arroyo susurra apenas, como si tuviera miedo de herir con el canto de su cristal andariego ese silencio helado y lacio, que sube desde la costra fofa del humus hasta la desnudez de las estrellas tiritantes, que se ensancha hasta abarcar en el corral de su abrazo la cruz rumbera de los puntos cardinales. Ni el temblor de una hoja turba el sueño total de las ramas. El aire ha colgado del cielo todos sus cuchillos, que ahora cortan en un solo tajo inmóvil. Y hasta los zorros han sosegado el berbiquí agujereador de sus gritos.

—¿Marchamo'?

—Cuando le parezca, don Fausto.

Ya fuera del monte, se mueven de acuerdo al plan trazado de antemano. A Esteban y al pardo toca el turno de conducir los cargueros. Mario y don Faustino puntan a una distancia prudencial, para no perder contacto con los que van a la zaga.

Avanzan cortando campo, a filo de tino chairado en la experiencia. Un poco la intuición y otro poco las estrellas brujulan ese avance. Ninguno habla. Llevan el oído atento, la pupila avizora y el winches-

ter atravesado sobre las cruces de los caballos, sufridos como sus dueños. Es poco más de media noche a juzgar por la altura de las Tres Marías. Antes de que pinten las barras del alba, si no ocurren contratiempos, habrán podido cruzar el Parao y acampar en un paraje seguro.

Los cascos de las bestias quiebran las bayonetas del pasto, ya vidriado por la escarcha, y machacan la quietud nocturna con su tamboreo monótono y borroso. Aquí y allá, los ojos de las lechuzas gotean de una lumbre fría la inmensa llanura negra. Algún zorri- llo invisible huye dejando sobre el campo el reguero nauseante de su fetidez. Mugen tristemente las reses apretujadas en rodeos voluntarios, a la búsqueda instintiva de un calor que atenúe la crudeza nocturna. Desde lejanas estancias, llega a ratos hasta los viajeros el ladrar asordinado y ronco de las perradas insomnes.

Mario ya casi ni siente la aspereza del aire filudo y entrador. Un viboreo de llama le retoza en el estómago, trepa reptando al cerebro, se desfibra en mil hilachas calientes y le enciende y reanima poco a poco todas las células del cuerpo entumecido. La sangre se le expande ahora veloz por las arterias, en una irrigación gozosa y exultadora. Sus nervios le entrecruzan de un rayerío vibrador, hirviente, como caminos de hormigas bajo el sol de enero.

Es la acción de la caña, que lo defiende de la noche con su lumbrazo de vitalidad ficticia. De la noche y de sí mismo, pues ya empezaba a sentir gastados la voluntad y el brío por ese opaco silencio li- mador.

La caña suelda a fuego el agrietado coraje, hace criar cáscara nueva al impulso, tonifica y endurece la rendida energía. De tanto en tanto, el mozo se re- zaga con disimulo para empinar la botella. No quie- re que don Faustino lo vea. Se enojaría, y con ra- zón. En esa vida un borracho es siempre un estor- bo. Y a veces hasta un peligro. Ya se lo dió a en- tender alguna vez el compañero con su parquedad ju- gosa:

—La caña es el coraje del maula...

Y otro día que se abordó el mismo tema:

—Contrabandista mamao es como bala sin plo- mo. Ruido güeco nomás...

No fueron frases directas. Pero la alusión estaba en ellas, clarita, espinadora. A otro le hubiera respon- dido por boca de su "44". A don Faustino no pu- do. Ese hombre manso e impasible ejercía sobre su fogosidad la misma influencia que el domador sobre el potro. Lo dominaba ese silencio vivo, que tenía la atracción misteriosa de los remansos o de los pozos demasiado profundos. Don Faustino era amargo y pin- chudo por fuera, como las camoatíes. Pero adentro, allá en lo íntimo del alma de panal, ¡qué suavidad, qué dulzura! Sus escasas palabras lastimaban casi siempre. Mas raspando el áspero cascarón estaba la pulpa noble y sustanciosa, como en el hueso duro el caracú.

—Cuando don Fausto abre la boca es p'hablar cosa'e provecho — hábiale dicho una ocasión el par- do Ríos.

Y era una verdad machaza, tan machaza como

esa helada de ahora, en cuyo vidrio afila la noche sus negras uñas de sádica.

Mario ha destapado la botella y vierte sin ruido el líquido sobre los pastos chuzos. Después la arroja con fuerza hacia atrás, bien metido el corcho para que no zumbe su protesta. Las tinieblas apagan el rayón curvo de la trayectoria y el rumor de los cascos traba y detiene la delación del golpe.

El mozo queda como liberado de una culpa. Respira hondo. Se yergue en los estribos. Y lo recorren unas ganas bárbaras de ponerse a cantar, a pregonar a gritos su triunfo sobre la tentación cobarde de "marmarse", que le excitara los sentidos y le copara la voluntad con sus arterias de hembra taimada.

Sus ojos, hechos ya a las tinieblas, observan con interés, al compañero, que marcha casi apareado a él. Todo en don Faustino es una calma que gravita, una callada fuerza impelida hacia abajo, con su centro en la tierra. Caídas las alas del sombrero, caída la herradura del bigote, caídos los hombros bajo el poncho inmóvil, sin un amago de vuelo. Semeja un enorme pájaro petrificado. Y sin embargo...

De un tirón se le aclaran a Mario muchas cosas, que acaso encierran la clave de ese enigma viviente que es el viejo. Todo por unas palabras que yacían en un rincón de su memoria, y que de pronto se van a primer plano sin que sepa por qué.

—Pal año, si el diablo no mete la cola, largo esta vida y me pongo'e chacrero. Ya tengo una tierri-ta en vista. Y si los gurises me salen medio guapos...

Así le había hablado don Faustino, en milagro

de confidencia, cuando iban por llegar al Brasil. Entonces no le prestó atención. Llevaba el pensamiento lleno de mujeres, chorreando "cerveja" y oliendo a humo de "charutos" brasudos. Vivía por anticipado el refocilo de las noches de burdel en la ciudad costera, en aquel Yaguarón encostrado de roña y vicios, denso de sífilis y gonorreas...

Ahora es diferente. Despiertas en la inmensidad de la llanura, bajo el negro cuajarón del silencio, las palabras aquéllas relumbran, fosforecen, como si estuvieran escritas en el aire duro con bichitos de luz. Y por esa estría baqueana acierta a entrar al corazón de don Faustino, a su secreto heroísmo.

Don Faustino ha contrabandeado durante quince años para ganarse la tierrita donde poder enraizar. Ha salido a conquistarse el derecho a su destino de árbol. De ahí su fuerza mansa, sufrida, aguantadora, contra la cual se astillan todos los rigores. Tiene cuatro hijos y una compañera. Para sembrarse con ellos en la paz del surco propio, empuñó el winchester y se incrustó en las noches sin caminos, cuña de voluntad tendida de horizonte a horizonte, rumbo tenaz agujereando el corazón del tiempo.

Don Faustino, contrabandista sin vocación, coraje útil, crece a los ojos de Mario, sangre engolada que sólo busca dar que hablar a las guitarras ociosas y develar a las hembras de fantasía caliente y romancera.

El mozo se lo figura seguido de pájaros y de gurises en el amanecer palomero, destripando la tierra mansa y fragante, brotada al fin la canción por la que sale a orearse el alma, tantos años escondida en cerrazón de silencio. Entonces se habrán suavizado las

rispideces que ahora lo defienden y asomará a sus ojos, hondos y transparentes como cachimbas con sol, el verdadero Faustino, frescura de tierra dadivosa, bondad de grano y claridad de parva.

Mario quisiera hablarle de todo éso, soltar en palabras su admiración por el coraje mudo y perseverante que recién comprende. Pero el compañero es todavía una montaña de silencio atalayando la noche, el lanzazo de un rumbo hiriendo el lomo chúcaro de la llanura. Y sólo acierta a decirle entre dos bostezos:

—Mañana v'amanecer blanquiando.

*

* *

Es al cruzar un bañado que los frena la sorpresa, desenvainada en un grito seco y cortante:

—¡Alto!

A esa súbita orden, que parte en dos la noche, sigue un ruido metálico de gatillos. De barriga entre el pajonal está la milicada.

—¡Si se mueven los quemamos!

Pero ellos han retrocedido ya, para obligar así al enemigo a salir a campo limpio.

Suena la primera descarga. Pasan las balas chifladoras buscando cueva en la carne. Sobre el estampido, don Faustino alza la decisión de hacer "pat'ancha".

—Tenemos que asujetarlos hasta que los compañeros puedan juir con la carga. Si uno cái, que aguante el otro, ¿entendés?

A Mario le enciende el valor un pensamiento noble.

—Váyase usted también, viejo. Yo me basto y me sobro pa esta chamuchina.

—¡No siás loco, gurí!

Se generaliza el tiroteo. Envalentonados por la aparente fuga, los policianos dejan sus escondites y avanzan. Los plomos envarillan de silbidos el aire. Pero el silencio logra hurtarse de esa jaula sonora y escapa llano afuera, perseguido a grito y ala por el teruterío.

Rápidamente va tejiendo el humo una cortina espesa, ancha y quieta, que favorece a los contrabandistas al ocultar su desventaja numérica.

Son dos contra seis, pero emparejan la lucha a fuerza de intrepidez y astucia. Los fogonazos revientan sus ampollas de lumbre aquí y allá, como si fueran muchos los que dispararan. Y las voces de acicate a compañeros imaginarios ayudan a mantener a raya los milicos:

—¡Métanlés plomo sin asco, mis indios!

—¡Que se arrimen nomás si son machos!

—Abajajáaa, sotretas!

—¡Abajajáaa!

Y tras el grito el candelazo rojo, que rasga en nueva herida ardiente el pellejo acribillado de la noche.

Entre descarga y descarga, Mario insiste:

—¡Váyase, viejo! ¡Yo alcanso'e sobra pa parar ese maulaje! ¡Váyase!...

—¡Avisá, bárbaro!

—¡Puede enfriarlo algún chumbo perdido! ¡Y qué necesidad! ¡Usted tiene gurises y mujer!...

A don Faustino se le acaba de trancar el arma.

Forcejea inútilmente su índice en el gatillo apotrado, mientras con la zurda "arranca" de la canana el "Smith" antiguo. Pero Mario se lo arrebató de un manotazo sorpresivo y rápido.

—¡Váyase, no sea porfiao!...

El otro parece comprender y aceptar al fin el gesto.

—¡Gracias, muchacho!

Y su diestra chamuscada de pólvora, al apretar la del mozo, expresa en un temblor que no es de miedo lo que han callado los labios.

Se lo lleva la noche, por entre los alambres cantores que estira el balerío. Se lo lleva hacia el futuro manso de los trigales, hacia el asomamiento en partos rubios de la bondad telúrica.

Mario queda solo frente a las carabinas donde rezonga la muerte. Una especie de borrachera heroica le chorrea su fuego retozador por las venas. El pecho se le agranda en cerros de coraje.

—¡Atropeyen, maulas! — grita en la oscuridad rajada de estampidos.

Defenderá a todo trance ese silencio grávido de amor que va camino del alba empajarada, de la espiga y del niño. Acostará sobre el llano, si es preciso, el arroyo de su sangre, para atajar el paso a los milicos. Será una muerte hermosa, que algún día cantarán el viento en las gavillas y el pororó grasudo entre la ollaza negra, barrigona y cordial.

Una bala le hace saltar el winchester de entre las manos. Otra le alcanza el cuerpo. Siente el chicotazo brusco, quemador. Luego, la cosquilla de dos

lenguas tibias y escurridizas que le lamen la piel. Arremete enardecido, ciego:

—¡Tiren que aquí hay un macho, gayinas!

Un tercer plomo, enhebrándole de pecho a espalda su camino de muerte, lo tumba sobre el pasto escarchado.

Todavía consigue incorporarse y disparar contra el pelotón que avanza las seis balas de su "44". Después, la mano crispada sigue apretando tercamente el gatillo, que picotea un seco tic de acero sobre el tambor vacío.

Cuando los policianos, ganosos de botín, cruzan por encima de su cuerpo, ya el contrabando está lejos. En vano aguzan el oído y escarban la noche con los ojos, a la busca de algún rastro orientador. En el aire, sucio de humo y de pólvora, cierne otra vez el silencio su presencia invisible.

De bruces sobre el pasto se desangra Mario. Por cuatro bocas calientes le resbala cuerpo afuera la vida. Por cuatro caminos rojos se vuelca sobre la llanura, cual si quisiera empaparla en su fraternidad desbordada.

El frío de la muerte le cuaja en las pupilas la figura de un Faustino chacarero, que remonta desde las espigas pródigas el gozo de su canto sencillo, corazón de la tierra, música del pan.

OTROS
CUENTOS

I N F A N C I A

Cada vez que la cerrazón emborronaba el campo, volvíale a la memoria aquel cuadro: el carrito de pértigo traqueteando quejosamente sobre el pedregal rojizo; detrás, el tío de la golilla negra, montando el mismo caballito escuálido y peludo sobre el que llegara la mañana anterior; luego, tres o cuatro vecinos sombríos y ensimismados; y en la puerta del rancho su madre, revolviéndole con dedos nerviosos las incultas greñas y llorando un largo llanto convulsivo.

El campo y el cielo se habían fundido en un solo e inmenso borrón gris. Tan densa era la niebla, que ya empezaban a desprenderse de la quinchá gruesos goterones, como si el rancho también llorase por el que se iba para siempre.

Tac... tac... tac... Las enormes gotas golpeaban rítmicas contra la yerma tierra del patio. Y las lágrimas de su madre, cayéndole sobre la frente, parecían empeñadas en remedarlas: tac... tac... tac...

Recordaba cómo iba él contando lágrimas y gotas, sin proponérselo. Hasta tres, que era cuanto sabía. Y recordaba asimismo sus cándidas preguntas de entonces, y las respuestas desnudas y tajantes de su madre.

—¿Pa dónde lo yevan a tata, mamita?

—Pal cementerio.

—¿Y por qué pal cementerio?

—Porque se murió.

El tenía entonces una idea muy vaga de la muerte. Sin embargo, aquella respuesta le estrujó el corazón. Acordóse del "Corbata", el viejo perro que encontrara un día de patas al aire entre los yuyos, bajo un zumbador enjambre de moscas azules. Y fué ese recuerdo el que desató el llanto que lloró a su vez, hundido el rostro en la pollera mugrienta de su madre.

Después de "aquello", la vida se fué haciendo más y más dura en el rancho sin hombre.

Al tío de la golilla negra y el caballito escuálido habíaselo llevado el mismo camino que lo trajera. Y nunca más se supo una palabra de él.

La madre escarbaba constantemente la tierra gredosa en derredor del rancho, sembrando sus boniatos, su maicito, sus chícharos... Pero las plantas moríanse sin remedio en aquel yermo.

A veces llegaba el sargento Ruiz, seguido de un milico, y revisaban hasta los colchones de pasto. Nada. Ni un mal hueso siquiera. Entonces, echando pestes, íbanse a registrar otros ranchos.

Tarde o temprano aparecía la oveja robada. Y el ladrón era obligado a marchar, portando los despojos, rumbo a la comisaría lejana.

Seguía corriendo el tiempo y las cosas rodaban cada vez peor. Hasta que empezó a frecuentar la casa el indio Anacleto.

Al principio llegaba de paso, hablaba del tiempo

y de la falta de trabajo y se iba. Después, poco a poco, fué alargando sus visitas. Y ahora se estaba allí la mayor parte del tiempo, fumando y tomando mate lavado junto a los tizones.

Desde entonces se comía con más regularidad en el rancho. A veces hasta aparecía algún costillar oreándose en el tirante. Y su madre, tan parca y taciturna siempre, fué tornándose más locuaz, más animosa. En algunas ocasiones vióla sonreír. Y una mañana, con el consiguiente asombro, la oyó tararear a media voz, mientras lavaba sus trapos en la vieja tina carcomida.

No es que él fuera incapaz de comprender ciertas cosas. Pero su madre tenía que ser una mujer distinta a las demás. Por eso mismo: porque era su madre.

Y sólo al pensar lo que, contra su voluntad, pensaba a cada instante, parecíale que el cielo se desplomaba sobre su cabeza. O que los horizontes íbanse apretando en su redor, hasta ahogarlo.

Pisando con los talones para no herirse en los guijarros calientes, sobre los que centelleaba con cruda luz el sol del medio día, iba a revisar sus aripucas al montecito próximo.

En el trayecto se cruzó con Venancio, el negro de la sonrisa ambigua que solía compartir con él su tabaco y su galleta dura, mientras le narraba cuentos obscenos.

—Decíme, Venancio: ¿vos hayás bien que las mujeres tengan más de un marido?

—Y... mal del todo no lo hayo. ¿Por?

—Por nada. Preguntaba nomás...

Siguió caminando por entre el flechillerío llameante, sonoro de élitros, rayado por azoradas fugas de lagartijas.

¿Qué sabía Venancio de ciertas cosas? No era más que un negro bruto, amigo de espiar por las rendijas de las puertas y de hablar zafadurías. Tal vez ni hubiese conocido a su madre. ¿Qué podía entender de semejantes asuntos?

Pensó en las mujeres del rancherío que habían reemplazado al marido muerto o ausente. Tantas eran, que no bastaban los dedos de ambas manos para contarlas. Y a nadie llamaban la atención tales cambios. Apenas si las gentes intercalaban, entre tema y tema, un comentario frío: "El que se arranchó con Julana jué Mengano". Y nada más. Pero su madre no podía ser igual que las otras...

Distrájomle el motor de un automóvil venido no sabía de dónde. Volvió la cabeza y lo vió detenerse en medio del rancherío miserable, que negreaba confusamente apeñuscado sobre el árido pedregal.

Regresando a toda prisa, uniósse al montón de chiquillos harapientos que rodeaba ya el vehículo, dentro del cual viajaban el comisario y dos hombres bien trajeados, lustrosos y rozagantes. Uno de ellos hacía anotaciones en un memorándum de tapas rojas. El otro observaba los ranchos y los niños por encima de los cristales de sus gafas. En tanto el comisario daba explicaciones: "Todos estos pueblos de ratas son iguales, doctor. Aquí nadie trabaja. Y los pobres estan-

cieros de la vecindad son los que pagan las consecuencias. ¡Lástima que las leyes del país sean tan benignas con esta sabandija!"

El del memorándum seguía sus apuntes y el otro aprobaba con movimientos de cabeza las palabras del funcionario. Luego el automóvil volvió a ponerse en marcha, perdiéndose entre una nube de polvo amarillento.

Siguióle una pedrea nutrida. El también arrojó las suyas en el montón. Y aligerado así de la rabia íntima que lo roía, volvió a cruzar el guijarral caliente, buscando sus aripucas.

Un sol en ocaso, pero todavía abrasador, picábale el cuerpo a través de los agujeros de la camiseta y encandilaba sus ojos, obligándolo a contraer los párpados.

Volvió de ganarse su primer jornal, desgranando maíz a pulso en una chacra de las inmediaciones. El sordo dolor de las muñecas y las gordas ampollas que le ardían en las palmas, como quemaduras, producíanle cierto pueril orgullo. No había cumplido aún los catorce años pero ya era un hombre. Confirmábalo, por otra parte, ese billete de a peso, plegado en cuatro dobleces, que llevaba en el único bolsillo sano.

Apenas llegó vió que su madre había levantado un biombo de arpilleras y de trapos viejos, dividiendo así en dos la única pieza de la covacha.

—M'hijo: dende hoy en adelante vamo'a ser tres en el rancho. Anacleto es aura tu padrasto, ¿com-

prendés? Y como vos ya sos un hombrecito te preparé cuarto aparte.

Miróla a los ojos, con la palabra insultante quemándole la lengua ya, como una brasa. Pero esa palabra no alcanzó a salir. Otra vez, igual que aquella distante mañana de cerrazón, vió resbalar las lágrimas por el enjuto rostro materno. Y se encogió — niño aún — para que le cayeran sobre la frente, como entonces, mientras la voz de ella seguía sonando con dolorida humildad:

— Vos cualquier día te vas por áhi del todo, a trabajar. Y pa una pobre mujer es duro vivir sola. Un rancho sin hombre siempre tiene algo'e tapera...

El la oía callado, sintiendo golpear las lágrimas tibias sobre su frente: tac... tac... tac...

Tal vez su madre tuviese razón. Por algo las demás mujeres del pueblo, tarde o temprano, acababan por reemplazar al marido ausente o muerto, sin que a nadie extrañaran tales sustituciones. Un rancho sin hombre debía tener algo de tapera, sí...

Durante toda la noche estuvo viendo, en sueños, el carrito de pértigo traqueteando sobre los guijarros, hundiéndose entre la cerrazón.

Pero al día siguiente le sonrió a Anacleto por primera vez. Y una semana más tarde eran amigos.

LA LOCA MAURICIA

Todas las mañanas, invariablemente, salía a recorrer el pueblo en procura de las limosnas con que se sustentaba.

Bajo el sol o la lluvia, abrasada por el bochorno de enero o mordida por el áspero frío de julio, veía-sela tranquear de prisa por las calles desniveladas, llenas de cardos pinchudos, de latas viejas y de cuzcos sarnosos.

Enfrentaba los veranos y los inviernos con la misma vestimenta: una descolorida pollera que había sido de lana en épocas remotas, y que a fuerza de zurciduras se estaba volviendo de hilo; unos zuecos carreros, duros y barullentos; un verdoso saco de hombre que le llegaba casi hasta las rodillas y un viejo y aludo sombrero gris, sin forro ni cinta, que por demasiado grande veíase forzada a sujetar en su cabeza con un barbijo de piola.

Deteníase en todas las puertas, y previo el sacramental "buenos días" entonaba a grito pelado, acompañándose de imaginaria guitarra, estos versitos populares, a los que ponía una incoherente música de milonga:

*El sabiá canta en el monte
y la rana en la cañada.*

*Viva la cinta celeste
y muera la colorada.*

Esto, desde luego, si se trataba de una casa de blancos. En caso contrario, recurría a la variante de rigor:

*Muera la cinta celeste
y viva la colorada.*

Terminado el canto aguardaba la recompensa en silencio, gacha la cabeza y el ruinoso sombrero bailando entre los dedos torcidos, siempre overos de mugre.

Solía recibir aquí un vintén, allá un pedazo de pan viejo, acullá un trapo inútil. Siempre menos de lo que necesita un pobre para subsistir.

Cuando no le daban nada —cosa que acontecía muy a menudo— ensayaba una mueca despreciativa, y golpeándose repetidas veces el codo con la palma de la mano, decía en tono de reproche:

—¡Agarraos como ñudo'e la pata! ¡Agarraos como ñudo'e la pata!...

Después se alejaba cantando a voz en cuello esta otra cuarteta, especialmente reservada para tal emergencia:

*Con los güenos hace Dios
estreyas de linda plata,
y Mandinga, con los malos,
las brasas pa su fogata.*

En realidad, Mauricio no era loco. Un poco retardada, a lo sumo. Sin embargo, a fuerza de ser tra-

tada como anormal por el vecindario, había concluido fatalmente por considerarse ella misma fuera de sus cabales. Y así, libre de la preocupación de guardar las apariencias, de la necesidad de controlar sus gestos y actitudes en público, como las gentes cuerdas, solía hablar en voz alta por las calles, reír a carcajadas cuando le venía en gana o desahogar alguna pena íntima llorando a lágrima viva, todo lo cual, naturalmente, robustecía la opinión unánime acerca de su demencia.

Por otra parte esa supuesta insania mental, utilizada también como recurso en el ejercicio de la mendicidad, reportábale mayores beneficios que los verisitos de marras. A tal punto, que acabó por desplazarlos definitivamente. Y desde entonces, oyóse cada mañana ir diciendo de puerta en puerta, con su vocecilla cascada y quejumbrosa:

—Una limosna pa la pobre loca Mauricio, doña...

Desde tiempo inmemorial vivía Mauricio en una "aripuca" enclenque y semi - desquinchada, cerca del arroyo.

Muchos hijos había echado al mundo bajo aquel techo en el curso de su opaca existencia. Como casi todas las mujeres de su condición social, empezó a tenerlos no bien franqueado el límite de la pubertad. Y prosiguió teniéndolos, casi sin interrupciones, hasta el liberador advenimiento de la menopausia. Todos los cruzacaminos andrajosos, todos los andariegos sin hogar ni rumbo que anclaban transitoriamente en el pueblo, iban a dejar su semilla anónima en aquel vientre

fértil. Llegaban una noche cualquiera, el alma sellada o muerta, el cuerpo mordido por largas abstinencias. Y otra noche cualquiera desaparecían con su fardo auestas, tan extraños y herméticos como habían llegado. Mauricia no era para ellos sino una necesidad material, como el pan en cuya búsqueda andaban.

Así se fueron sucediendo los hijos de nadie en aquella carne de todos, donde la miseria errante acudía en busca de perpetuación.

Muchos había tenido, sí. Tantos, que acaso ella misma, puesta en el trance de hacerlo, no hubiera podido precisar con exactitud la cifra.

Pero ninguno de aquellos hijos sin padre apuntalaba su vejez mendicante. Uno tras otro habíales ido desperdigando la miseria antes de que acabaran de crecer. Y sólo un viejo perro rabón, de pelaje indefinible, al que quien sabe qué azares llevaron un día hasta el destartelado rancho, compartía el borroso destino de Mauricia.

Algunas noches el animal, impelido por tardíos encendimientos del cielo, iba a entreverarse con sus rijosos congéneres, venteando la hembra por entre los yuyales. Y retornaba siempre con las orejas gachas, ensangrentado y maltrecho, a refugiarse bajo el catre de la pordiosera. Otras veces, acurrucándose contra la puerta del rancho, aullaba larga y desesperadamente, hasta llenar de miedo el corazón de los vecinos supersticiosos. Mauricia, entonces, para consolarlo, sentábase a su lado, en el suelo, y aniñando la voz le prodigaba incoherentes epítetos.

Eran buenos amigos. Mientras ella efectuaba sus

andanzas matinales, él quedaba de ranchero. A mediodía, repartíanse equitativamente los desperdicios obtenidos. Por las tardes solían ir juntos al monte, donde Mauricia recogía leñitas secas para el fuego. Durante el trayecto, quienes con ellos se cruzaban percibían claramente la cháchara deshilvanada de la vieja, que hablaba al animal con entera naturalidad, como si se tratara de otro ser humano, narrándole historias que siempre tenían por héroe algún perro de su laya, regañándole maternalmente por sus escapatorias nocturnas, pretendiendo amedrentarlo con infantiles cuentos de lobisones y de aparecidos. A veces, fatigada por la caminata, sentábase a la sombra de algún árbol para terminar su relato. Y el perro, echándose junto a ella, escuchábala meneando suavemente la cola, fijos los atentos ojos en su rostro enjuto, como si la comprendiera. Mauricia estaba segura de que era así. Y por eso no perdía ocasión de urdir historias fantásticas para entretener a aquel paciente compañero, al que quería con todas las reservas de amor de su vida solitaria.

Cuando lo vió aquella mañana junto a la puerta de su covacha, hinchado como un globo el cuerpo, las patas al aire y en los abiertos ojos un resplandor azulenco, vítreo y frío, lloró sobre su cadáver como hubiera podido hacerlo sobre el de un hijo.

Alzándole en brazos llevóle al interior del tugurio, lo colocó sobre un cajón, y allí estuvo velándolo durante largas horas, sin dejar de lamentarse un instante. Después, valiéndose más de sus manos que de

la inútil pala empleada, le cavó una fosa detrás del rancho y puso al borde de ella una tosca cruz, hecha con tablas viejas.

Al día siguiente, muy temprano, marchóse a pie del pueblo, con el humilde hatillo bajo el brazo.

—Viá buscar mis gurises — respondía invariablemente a cuantos la interrogaban por el camino —. Son tantos, que alguno he de topar por áhi...

Nadie supo su rumbo exacto, ni se tuvieron más noticias de su vida. Y apenas si alguna que otra vez las gentes de la vecindad, contemplando la derruída tapera llena de yuyos, exclaman sin mayor emoción:

—¡Pobre loca Mauricia! ¡Qué fin habrá yevao la infeliz!...

EN UN INSTANTE DE TIEMPO...

Hacia rato que el rancho había dejado de existir para sus ojos, furtivamente vueltos hacia atrás a cada distracción del compañero.

A lo largo de ese andar maquinal e incesante que los llevaba hacia los cerros azules, todavía remotos, donde se quebraba la orilla oriental del día, fué viéndole decrecer de una manera implacable, encogiéndose su pequeña mancha parda sobre la soledad total de la llanura, hasta que el horizonte se lo engulló de un golpe.

Dolióle con un dolor casi físico su desaparición. Fué una congoja extraña, una maciza sensación de abandono pesándole en el pecho, aplomándole obstinadamente la voluntad. Todas las cosas circundantes se le volvieron de improviso hostiles, desapacibles. Y hasta el rostro pecoso de Knut, el noruego, transformó su expresión familiar, abierta y plácida, en un gesto de hermética dureza.

Escupió con rabia hacia un costado, levantó un poco más el hatillo sobre su espalda curva y siguió andando.

Ahora el rancho, ingrátido, flotaba delante suyo sostenido por la evocación tenaz, casi furiosa. Pero el rancho en sí no era nada. Viejo barro reseco y lascias pajas, grises de tiempo y lluvia. Mustia naturale-

za, apenas, entristecida por un añoso dolor de desarraigo.

Y la mujer, que era todo, negaba su verdad carnal a las múltiples corporizaciones del recuerdo. El vestido sí, dejábase reproducir idéntico, con sus florecillas celestes desleídas sobre el áspero fondo gris de la tela ordinaria. Pero el rostro no era ninguno de aquellos mil rostros que de él emergían, sonriéndole con una sonrisa inmóvil, tan distinta de la sonrisa indefinible de Ella. Y tampoco eran los suyos aquellos ojos, que tenían, sí, la misma enigmática forma de almendras y el mismo primaveral color verdi-soleado, pero a los cuales faltaba la íntima luz acogedora de sus ojos.

Acaso lo que se asemejara más fuese el cabello undívago, derramado en sensual desarmonía por sobre la curva mórbida de los hombros, extendiendo sus rizos en espirales de noche densa, relampagueada por relumbres eróticos. Empero, carecía de la fuerza de aquel rotundo olor a yemas machucadas, a semillas en eclosión, a eternidad de abierta tierra en gesta, que hiciera flamear victorioso el de Ella por sobre sus angustias y sus miedos trashumantes, nutridos en la trágica certidumbre del pasar, del morir...

Revivió detalle por detalle la escena fugaz y simple, igual a tantas escenas anteriores y a tantas otras que habrían, quizá, de sucederla en el tiempo, pero que la presencia de Ella — ¡de Ella, no de esos mil fantasmas apócrifos que ahora la reemplazaban en su memoria! — fijó en el estallido de una emoción indeleble. Knut, el noruego, había llamado tres veces, espaciando apenas los golpes de sus nudillos pecosos en

la antigua puerta carcomida, mientras él entretenía su espera mirando las pajas lacias y el reseco barro de las paredes. Ambos llevaban el cansancio de aquella dura jornada estival polarizado en una sed tremenda, que la implacable brasa solar acrecía minuto tras minuto. Y la presencia del humilde rancho junto al camino ardido y polvoriento los arrastró como un imán.

Cuando Ella asomó en el hueco de la puerta y se fijaron en los suyos aquellos enigmáticos ojos de menta y sol; cuando lo penetró el olor poderoso de los cabellos, sacudidos en rebelión de eléctrica tormenta; cuando la sonrisa indefinible se abrió como un jazmín de milagro en la caliente morenez del rostro, ya no experimentó fatiga, ni sed, ni ninguna de las torturas físicas que lo doblegaban como un tallo marchito.

Oyó, sin entenderlas, las palabras de Knut, que en su lenguaje pintoresco, con su destemplada y lejana voz de nórdico, solicitaba el agua. Vió apagarse en la penumbra las florecillas celestes del vestido y luego encenderse otra vez, tocadas por la intrusa franja solar que atravesaba el rancho. Y el líquido, presente al fin, glugluteando en la garganta ávida del noruego, chorreando por entre la camisa abierta hasta empapar los rojos vellos del pecho amigo, careció de sentido para él.

Bebió a su turno, sin embargo, pero de un modo automático, extrañamente ajeno a la necesidad orgánica que satisfacía.

Después, la palabra "gracias", desfigurada por el acento y la voz nasal de Knut. Y otra voz hombruna, alargando su criolla lentitud desde el interior del rancho: "Son linyeras, parece..."

Ya cerrada la puerta, él continuó de pie allí, co-

mo prisionero aún de la imagen invisible. Y fué preciso que el compañero lo aferrase con su manopla peca para reintegrarlo al camino.

Ahora iba rumbo a los cerros azules, donde se mellaba la ribera del día. Delante suyo, un rancho avejentado de tiempo y lluvias, flotando en la evocación tenaz. Y en el rancho una mujer distinta a Ella, usurpándole el humilde vestido de desleídas florecillas celestes.

La noche los sorprendió a la vera de los cerros, también distintos. Y durmieron con las estrellas en la cara, como siempre, luego de la cena frugal. El de Knut, fué un ancho y sólido sueño cruzado de ronquidos. El suyo, en cambio, estuvo a la vez lleno y vacío de Ella, reconstruída pero nunca igual.

Con el alba, volvió a empujarlos su destino contra la orilla del nuevo día.

Knut reemprendió la marcha canturreando. Él, cabizbajo, con la irremediable certeza de no ser ya el mismo.

Porque en un instante del tiempo y en un lugar del mundo que no se repetirían, una imagen de mujer, tampoco repetida, habíale detenido la alegría de andar.

EL RECUERDO INDELEBLE

Aunque aquéllo había ocurrido hacía muchísimo tiempo, estaba siempre presente en su memoria. Y tan vivo, tan nítido, como si recién acabara de suceder.

Entonces él no tenía la boca desencajada, ni los ojos estúpidos, ni el interminable hilillo de baba humedeciéndole el mentón. Era, sí, un niño de ganglios nudosos, anémico y ventrudo, como casi todos los niños del rancherío. Pero aún conservaba su expresión vivaracha y la inquietud de sus piernas ágiles, sobre las que andaba todo el día de un lado para otro, descubriendo mundos insospechados debajo de cada piedra, entre las ramas de cada árbol, sobre la minúscula superficie de cada mata de pasto.

El tiempo parecía haberse estancado en aquel rincón de su memoria donde se grabara el suceso. Y por eso veíalo todo con la misma claridad y la misma exactitud de cuando aconteció. Todo. Desde la pupila enferma de la vaca hasta el cuchillo de delgada hoja y curvo gavilán; desde el bigote hirsuto del hombre hasta los rojos espolones del terutero alborotador, que revolaba en torno al nido pisoteado.

Sus otros dos recuerdos sobrevivientes — el del médico que se llevó a su madre en el automóvil gris, luego de pronunciar aquella palabra tan linda: “desnutrición”, y el de los “milicos” que hicieron cavar

a su padre detrás del rancho, hasta que apareció el cuero descabezado de la oveja — perdían entidad y relieve frente al primero. Además, poco a poco, habíanse ido desdibujando. Ya no podría reconstruir sino con esfuerzo la cara bonachona del médico, su maletín de bruñido cierre, su larga túnica salpicada de barro y yodo. Y costábale también evocar la figura de su padre caminando delante de los policías, baja la cabeza, torpes las piernas, al hombro el cuero recién desenterrado...

Cuando la brutal conmoción del golpe, tarándole el cerebro, enredó en inextricable lío las imágenes que lo poblaban, fueron aquellos tres recuerdos los únicos que escaparon del caos, del terrible caos en que se desintegró su mundo sensible y emocional. Pero sólo uno de ellos vivía como fuera del tiempo, hurtándose a la acción de su niebla diluyente y escamoteadora. Y por eso su vida, toda su vida, íbase reduciendo fatalmente a la memoria del acontecimiento salvado.

Hacía muchísimo tiempo, sí. Tanto, que ya el pueblo de ratas, ceñido por un cinturón de alambres cada vez más tensos, había ido desplazándose de aquella loma para negrear en otra, un poco más al Sur, dócil a su volandero destino de semilla de cardo. Pero él, sin embargo, por milagro del hecho siempre reciente, continuaba viéndole enclavado sobre el antiguo desnivel pedrizo, metido —como una cuña absurda— entre el verde infinito de las dos estancias circundantes.

La vaca vivía en el potrero más próximo al rancharío y acostumbraba a pernoctar allí, cerca del alam-

brado. Era pequeña y overa, con peludas orejas movedizas y grandes cuernos filosos pero inofensivos. Tenía la pupila sana de un hermoso color azulenco; y la otra, la cancerosa, goteaba de continuo una especie de llanto triste y rojizo. Tal vez por su pelaje distinto, o por su continente humilde, o por la enfermedad que la roía, desdeñábanla las otras vacas de la estancia, todas ellas pampas, mochas y fornidas.

Una tardecita, él se atrevió a franquear el alambrado tenso para acercársele. Palpóle las orejas flácidas y el cuadril puntiagudo. Le tocó con la yema de los dedos el hocico húmedo. Y el animal lamióle la mano mientras lo contemplaba con su ojo bueno, mugiendo suavemente. Acercósele más, y vió su rostro reflejado en la pupila azulenca. El aliento tibio, oloroso a pasto rumiado, cosquilleaba dulcemente sobre su cuello escrofuloso. Y la lengua áspera, con serlo tanto, tenía una suavidad de caricia maternal para su mano de huérfano.

Entonces él podía pensar aún. Y pensó. La vieja vaca enferma debía echar de menos a sus hijos, como él echaba de menos a su madre. De ahí, sin duda, la atracción recíproca que experimentaban.

Largo rato permaneció junto a la mole quieta y mansa, entregándole por entero su pequeña soledad. Era aquel el mejor de los mundos que había descubierto desde que correteaba en descampado, lejos del padre enterrador de cueros sin cabeza, siempre taciturno y hermético.

Y desde entonces, todas las tardecitas, cuando volvía de buscar macachines, de masticar tallos de hinojo o de ahumar camoatíes siempre flacos, iba a jugar

un rato con la vieja vaca overa de lengua áspera, alien-to vegetal y cuernos filosos pero inofensivos.

El peón era aindiado y vestía un chiripá de ar-pillera y una camisa de franela, a cuadros blancos y negros. Largos mechones incultos escapaban de su vie-jo sombrero agujereado.

Dejó el caballo junto al alto carquejal y se acer-có silbando una milonga. Él lo siguió con ávida cu-riosity, pisándole la sombra larga y escurridiza.

Lo vió detenerse ante la vaca, que en ese instan-te dormitaba, echada plácidamente en el sitio habitual, restregándose a intervalos los bordes del hocico con su gran lengua áspera y verdosa.

El hombre llevaba un largo cuchillo en la cintura y la camisa a cuadros recogida en las mangas, hasta el codo. Los brazos eran velludos y cortos y el bigote ríspido, como de alambre. Pero el silbido sonaba gra-to en la tardecita de cordial tibieza, bajo el dulce cielo lleno de nubes rosadas. Y los ojos, cuando el peón se volvió un segundo para dar fuego a su pucho, pare-cieron iluminarse con una tierna y retozona luz.

Él creyó al principio que el hombre iba a jugar con la vaca. Aunque no había visto jugar jamás a nin-guno de los hombres que conocía, lo creyó sin titu-beos, candorosamente. Acaso el peón aindiado y la mansa bestia enferma fueran viejos amigos que vol-vían a encontrarse por casualidad, después de larga au-sencia.

Cuando vió al hombre desenvainar su cuchillo,

tampoco tuvo miedo. Gustóle el movimiento resuelto con que se apretó la faja y se recogió un poco más las mangas de la camisa a cuadros.

El sol escintiló alegremente sobre el acero limpio. La vaca levantó un poco la cabeza y luego volvió a bajarla, como en un saludo. Y fué entonces, precisa-mente entonces, que el hombre pisó el nido junto al albardón. Y el terutero, furioso, púsose a revolver so-bre su cabeza en ajustados círculos, enhiestos los espo-lones de las alas.

Cuando él alzó los ojos para seguir el vuelo del ave, advirtió que la nube tras la cual iba a ocultarse el sol tenía la forma de una vaca roja. Una enorme vaca roja, con los cuernos curvos y el aire plácido de la que reposaba allí, cerca del alambrado.

Y en ese momento hirió sus oídos el mugido tris-te, de inolvidable tristeza. En el primer instante no hubiera podido asegurar si procedía de la vaca terres-tre o de la vaca etérea. Pero cuando oyó golpear so-bre el campo las pezuñas vacilantes y vió doblarse las flacas patas, como si se quebraran; cuando, casi a sus pies, se derrumbó pesadamente la pobre mole mansa, la inofensiva mole overa; cuando la pupila azulenca lo contempló enturbiándose, vidriándose, ya no le cupo duda.

Fué así como la muerte le desnudó su pavoroso sentido. Y todos los pequeños mundos descubiertos bajo las piedras, entre las ramas, sobre los pastos, desaparecieron frente a la monstruosa realidad de aquel cuchillo goteante, de aquel brazo corto y velludo que lo esgrimía, de aquellos ojos humanos sin dolor, de aquella boca que seguía silbando a pesar de la sangre

descauzada, del viejo cuerpo yacente, del mugido tris-tísimo...

Vió la lengua áspera y verdosa alargarse todavía hacia él, una vez más, cual si buscara sus manos para lamérselas. Vió la pupila azulenca reflejar aún su figurilla raquítica como la primera tarde de amistad, como el montón de tardes que la sucedieron. Vió las últimas lágrimas tristes y rojizas gotear del ojo enfermo. Y tendió instintivamente sus brazos al humilde pescuezo desgarrado de donde fluía la vida, en un hillo ya.

Pero el cuchillo, el silbido y el hombre se aproximaban de nuevo. Y tuvo la sensación escalofriante de que venían por él, trayéndole aquella dura muerte que ellos representaban, que en ellos residía obscuramente, misteriosamente. Y huyó en huída frenética, carquejal adentro, hasta despeñarse en la boca taimada del zanjón.

Por unos días tuvo carne vacuna el rancharío, lo que aseguró la paz nocturna de las majadas. Tal vez la hubo en su rancho, como en los demás. Él no lo supo nunca. Su vida estaba ya reducida a tres recuerdos: aquellos dos que el tiempo iba destiñendo y ese otro siempre nítido, presente siempre, que aunque sustentado por la muerte no moría jamás.

I N D I C E

	Págs
"Burbujas"	5
Pórtico	15
Comienzo	17
Un hombre	32
Churrinche	42
Fraternidad	52
Coraje	62
Tizón	69
Milicos	78
La Zorra	86
Doroteo	96
Contrabandistas	106

OTROS CUENTOS

Infancia	121
La loca Mauricia	127
En un instante del tiempo	133
El recuerdo indeleble	137

